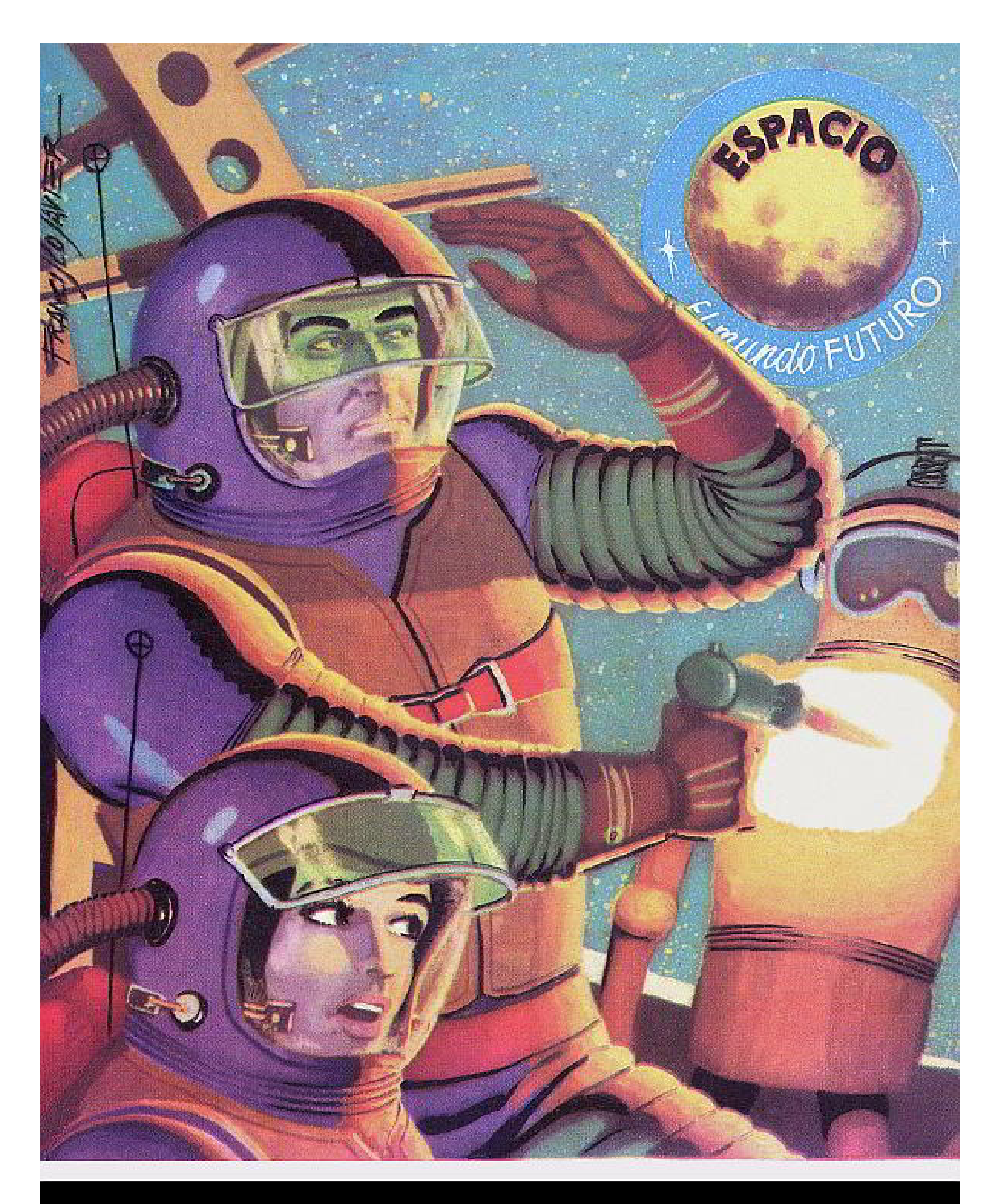


ENEMIGO INVISIBLE

ROY SILVERTON

El helicóptero a reacción que pilotaba Marcel Deschamps empezó a descender lentamente, en busca de un sitio donde aparcar en la gran terraza del rascacielos de ciento cincuenta plantas, situado casi en el centro de la inmensa ciudad. Pudo por fin encontrar un pequeño espacio entre otros dos vehículos de la misma clase y, descendiendo, fue a meterse en uno de los veinte ascensores que desde la misma terraza conducían a cualquiera de las plantas del edificio.

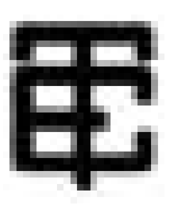
Pulsó el botón que le llevaría al piso 45, a una velocidad que más bien parecía una vertiginosa caída que un descenso controlado y, en los breves segundos que duró el viaje en vertical a través de la casa, pensó vagamente en la misión que sin duda le encargaría esta vez su jefe.



Roy Silverton

Enemigo invisible

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 233



ePub r1.0
LDS 29.12.18

Título original: *Enemigo invisible*
Roy Silverton, 1960
Cubierta: Francisco Javier
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




ENEMIGO
INVISIBLE

CAPÍTULO PRIMERO


l helicóptero a reacción que pilotaba Marcel Deschamps empezó a descender lentamente, en busca de un sitio donde aparcar en la gran terraza del rascacielos de ciento cincuenta plantas, situado casi en el centro de la inmensa ciudad. Pudo por fin encontrar un pequeño espacio entre otros dos vehículos de la misma clase y, descendiendo, fue a meterse en uno de los veinte ascensores que desde la misma terraza conducían a cualquiera de las plantas del edificio.

Pulsó el botón que le llevaría al piso 45, a una velocidad que más bien parecía una vertiginosa caída que un descenso controlado y, en los breves segundos que duró el viaje en vertical a través de la casa, pensó vagamente en la misión que sin duda le encargaría esta vez su jefe.

Porque cada vez que Marcel Deschamps acudía a aquel enorme edificio —nunca la expresión «colmena humana» se ha usado con mayor acierto— era para que se le encomendase una misión, las

más de las veces a realizar en algún mundo muy lejano de la tierra. Pero él ya lo sabía. La cosa no podía cogerle de sorpresa. Aunque aparentemente formaba parte de la plantilla de redacción del «Space News», en realidad estaba adscrito al Servicio Secreto de la Tierra y se había comprometido a realizar, sin discutir, todas las misiones que dicho organismo le ordenase ejecutar.

Marcel Deschamps no había cumplido aún los treinta años. Había nacido en el Canadá, en el seno de una familia de ascendencia francesa, pero esto no contaba, porque desde hacía varias generaciones se había establecido la nacionalidad única para todos los habitantes de la Tierra. Para lo único que contaba su origen era su atlética constitución, heredada de unos antepasados que habían talado bosques y cultivado terrenos, trabajo al que él no se había querido dedicar prefiriendo la vida aventurera de los hombres del Servicio Secreto, vida que le había llevado a conocer hasta los más alejados confines del Sistema Solar en los múltiples viajes que, bajo su apariencia de periodista, había tenido que realizar para resolver muchas cuestiones que sólo importaban al Gobierno de la Tierra.

El edificio tenía en total seis mil habitaciones —cuarenta por planta—, todas ellas destinadas a oficinas de carácter comercial. En una de ellas, aparentemente ocupada por una firma que realizaba intercambio de productos minerales con los demás planetas del Sistema, se albergaba el Mando del Servicio Secreto. Nadie hubiera sospechado que lo que se expedía desde allí a los planetas y a los puntos más alejados del Globo terrestre no eran mercancías, sino hombres; hombres decididos que, por su amor a la vieja Tierra que les había visto nacer, estaban dispuestos a jugarse la vida para que no se perdiese la hegemonía, la especie de protectorado que todavía la Tierra seguía ejerciendo sobre los demás componentes de la Federación Solar, algunos de los cuales en diversas ocasiones habían pretendido arrebatársela.

El ascensor se detuvo al llegar a la planta 45. Marcel Deschamps lo abandonó, avanzando luego a pie por el pasillo hacia la puerta 18 que le era tan conocida ya. Sobre cada una de las puertas se veía una placa con el nombre de la empresa que ocupaba el despacho, y en algunas añadiendo también la actividad a que se dedicaba la misma. Marcel se detuvo frente a una en que la placa sólo decía

«Hillary & Co.»,
y apretó el botón del timbre.

Abrió un muchacho, encargado de recibir a los visitantes de la supuesta firma, cuyo rostro se animó con una ligera sonrisa al reconocerle, mientras decía:

—¿Es usted el señor Deschamps?

—Ya lo ves. Me parece que, a menos que tuviera un hermano gemelo, en cuyo caso también sería el «señor Deschamps»… —se interrumpió para despeinar un poco más con la mano abierta los rebeldes cabellos rubios del chico, y añadió luego—: ¿Está el jefe?

El muchacho dijo:

—Sí, el señor Hillary le espera en su despacho. Me ordeno que lo hiciera pasar tan pronto como usted llegase.

—Adelante, pues —repuso Marcel, avanzando hacia una de las puertas que se abrían al pequeño vestíbulo.

Llamó con los nudillos, por puro formulismo, pero empujó sin esperar contestación. Dentro le aguardaba un hombre de unos cincuenta años, de cabello ligeramente canoso, que estaba sentado en su escritorio fumando al parecer con aspecto de nerviosismo. Con un gesto le indicó una silla, y con otro al paquete de cigarrillos que estaba sobre la mesa, entre muchos papeles.

—Tendrá que ponerse inmediatamente en marcha, Deschamps —dijo, sin ningún preámbulo, mientras Marcel tomaba un cigarrillo, contestando a la muda invitación.

—De acuerdo, jefe.

Marcel no preguntó adónde tenía que marchar. En realidad, lo mismo le importaba un sitio que otro. Ya se lo diría Hillary al darle instrucción sobre lo que tenía que hacer.

—Se trata de Magnus Anderson —repuso el jefe.

—¿Magnus Anderson? —preguntó Marcel, interrumpiendo por un momento su actitud de prender fuego al cigarrillo.

—Sí, Deschamps. Supongo que no hace falta que le ponga en demasiados antecedentes. Magnus Anderson posee un cerebro que podríamos calificar de diabólico, para expresarlo de algún modo. Sus conocimientos sobre física nuclear no han sido superados por nadie hasta la fecha. Era en este terreno el hombre más capacitado que poseía la Federación Solar. Pero…, ya sabe usted lo ocurrido. Anderson estaba trabajando secretamente en la construcción de un

arma poderosísima que pensaba emplear en provecho propio. Tan terrible, que sólo el hecho de poseerla hubiera bastado para que la Federación entera se rindiese ante él.

—Sí, ya sé todo eso —dijo Marcel, viendo que el otro se interrumpía para tomar aliento—. Por suerte, funcionó el Servicio Secreto del Sistema y se le pudo echar mano cuando daba los primeros pasos para la construcción efectiva de un arma cuyos planos se guardan exclusivamente en su propio cerebro. Le juzgó un tribunal de la Federación, el cual, considerándole peligroso para la misma, le condenó a ser recluido a perpetuidad en las penitenciarías del lejano Plutón. Todo esto es muy reciente.

—Tan reciente, que todavía Anderson no ha salido de la Tierra para ir a cumplir su condena —añadió Hillary—. Esto no lo sabía usted. Lo saben muy pocas personas porque, como es natural, el viaje se ha de mantener dentro de la mayor reserva. La prensa y la televisión del Sistema no comunicarán la noticia hasta que Anderson esté ya recluido en su encierro.

Marcel dejó escapar una larga bocanada de humo. Luego preguntó:

—Bien, ¿y qué ha de hacer yo? ¿Darle escolta?

Hillary dijo:

—Usted oficialmente es periodista y no puede escoltar a nadie.

—Exactamente pensaba en esto al formularle la pregunta. ¿Qué he de hacer, pues?

Hillary tardó unos momentos en contestar:

—Usted ha de rescatarle.

—¿Eh? —Marcel casi dio un salto en la silla. Estaba acostumbrado a recibir órdenes inverosímiles, pero aquélla… Preguntó—: ¿Quiere decir que he de poner en libertad a un elemento tan peligroso?

—No quiero decir eso, Deschamps. Usted ha de rescatar a Anderson de la penitenciaría de Plutón, pero no para dejarlo luego suelto. Lo ha de rescatar para entregárnoslo a nosotros, al Gobierno de la Tierra, para que lo tengamos bajo nuestra propia custodia.

—No alcanzo a comprender por qué hemos de arrebatar a Anderson de un encierro para meterlo en otro —dijo Marcel, encogiéndose de hombros—. Pero eso no importa, naturalmente. Mi misión es obedecer, lo comprenda o no. Lo único que he de

comprender son las órdenes recibidas, y sobre esto no hay la menor duda. ¿Lo tiene usted todo arreglado ya para que pueda partir al momento?

—Sí, Deschamps. Va usted a Plutón para realizar un reportaje acerca de las penitenciarías por cuenta del «Space News». En el diario le darán su documentación en regla. Arrégleselas para organizar el rescate de modo que perezca una fuga. No han de sospechar su intervención. Vea usted cómo podrá resolver esto sobre el terreno, pues es muy importante. Confío, naturalmente, en su capacidad, Deschamps.

Marcel reflexionó unos momentos.

—Veo muy difícil la forma cómo podré fugarme yo con Anderson sin que se sospeche que le he ayudado a escapar —dijo luego.

—Es que usted no se irá con él. Usted se quedará en Plutón, continuando su reportaje autorizado. Sólo que Anderson, al fugarse, empleará para huir del planeta la misma astronave con la que usted habrá realizado el viaje hasta allí.

—¡Cómo! —exclamó Marcel—. ¿He de dejar que Anderson vaya solo? ¿Y se figura usted que una vez a bordo de mi nave vendrá aquí, a ponerse amablemente a las órdenes de ustedes?

—Cuando Anderson esté a bordo de la nave no podrá ir a ninguna parte por su propia voluntad, Deschamps —dijo Hillary—. Ésta es la trampa que le tendemos. Ejerceremos un control constante de la cabina, de modo que le veremos apenas entre en ella. Entonces, los motores no funcionarán por voluntad de él, sino por la nuestra, porque los moveremos desde aquí, por radio, anulando el mando directo de la nave. ¿Me empieza a comprender?

—Creo que sí, jefe.

—Anderson se meterá en una ratonera de la que le será imposible salir. La nave irá al lugar que nosotros hemos destinado y no a otra parte. Toda su ciencia, faltándole medios, no le servirá para anular las disposiciones que nosotros hemos tomado. En cuanto a usted, una vez realizada la fuga, será una víctima de las circunstancias. Le habrán robado la nave, cosa que lamentará, pero nada más.

—Bien, señor. ¿Eso es todo? ¿Puedo irme ya?

Hillary sonrió ligeramente.

—En realidad, eso es todo —dijo—. Sin embargo, ya sabe usted que me gusta que mi gente sepa por qué se le encarga algo. Es un sistema para que cumplan mejor.

—Yo pienso cumplir de todos modos —dijo Marcel, un tanto amoscado.

—Lo sé, Deschamps. Pero confiese que le causa extrañeza ver que armamos todo ese jaleo solamente para sacar a Anderson de un encierro y meterlo en otro.

—Lo reconozco.

—Pues ahora reconocerá también las razones por las cuales lo hacemos. ¿Que son las penitenciarías de Plutón? Un lugar de encierro, bajo el control de la Federación Solar, en la que participamos tanto los habitantes de la Tierra como los de los demás planetas. ¿Qué pasaría, Deschamps, si lo que va a realizar usted lo hiciese otro, al servicio de Venus o de Júpiter, pongo por caso? La respuesta no puedo ser más categórica. Quien tuviera a Anderson tendría también las posibilidades de construcción de un arma. El equilibrio de la Federación se rompería en provecho del planeta que adquiriese esa ventaja y la suave hegemonía, ejercida hasta ahora por la Tierra se convertiría en dura tiranía de Venus, Júpiter o cualquier otro planeta. ¿Se da usted cuenta, Deschamps?

Marcel exclamó:

—Creo que sí, señor.

—La federación Solar ha sido un recurso para evitar una guerra interplanetaria que sería una verdadera hecatombe —continuó Hillary—. Se ha aceptado casi porque no había otro remedio. Pero imagine lo que ocurriría si, eventualmente, uno de los planetas adquiriese de pronto un poderoso medio de destrucción que le colocara por encima de los demás. Nosotros, los habitantes de la Tierra, nunca emplearemos ese medio porque no nos hace falta. Somos la cabeza de la Federación. Pero precisamente por ello hemos de velar para no ser destrozados, y el mejor medio, en este caso, es tener a Anderson bajo nuestro control directo y sin que ningún otro Gobierno sepa qué ha sido de él. Para todo el Sistema, salvo para nosotros, Anderson se habrá perdido en el espacio, a bordo de la nave de usted, después de haberse fugado de Plutón.

—¿Y sí sospechan qué está en nuestro poder? —aventuró Marcel.

—Tanto mejor. No podrán probar nada y al mismo tiempo nos temerán más, y esto nos conviene.

Hillary se puso en pie tras estas últimas palabras, dando a entender que la entrevista con su subordinado había terminado. Marcel le imitó, estrechando la mano que el jefe le alargaba.

—En estos momentos su nave debe estar ya preparada para que la pueda controlar nuestro Servicio dijo el jefe. —Anderson partirá dentro de un par de horas. Casi harán el viaje juntos. Suerte, Deschamps. No se me oculta que usted tendrá dificultades para sacarle de Plutón, pero confío en su capacidad.

—Gracias, señor. Ahora iré al periódico a buscar la documentación y en seguida me prepararé para la marcha. Hasta mi regreso.

Marcel abandonó el despacho, salió al pasillo y se dirigió al ascensor que le había de subir de nuevo a la terraza. Mientras lo hacía pensó que, en efecto, tendría dificultades. Había sabido leer entre líneas en las palabras de Hillary. Al Servicio Secreto de la Tierra lo que le importaba era que Anderson fuese eliminado de cualquier modo antes que caer en manos del Gobierno de otro planeta. No se le quería utilizar, sino que, sencillamente, convenía que no pudiese actuar nunca más. Por lo tanto, si Anderson moría en el intento de fuga, el hecho evitaría muchos quebraderos de cabeza.

Marcel Deschamps sabía que de Plutón no se sacaba a un prisionero, así como así. Para conseguirlo tendría que preparar un buen golpe en el que lo arriesgara todo, incluso el ser muerto a balazos o disparos atómicos, junto con el propio Anderson. Aquello era lo que en realidad había querido decirle Hillary al hablarle de «dificultades». Que Anderson se escapara y él se quedase como si nada hubiese sucedido era demasiado sencillo. Él pagaría de un modo u otro: muriendo en la empresa o siendo cogido y juzgado después, en cuyo caso nadie saldría en su defensa.

Se encogió de hombros mientras salía a la terraza. Pensó que de otras peores había salido y que quizá, con un poco de suerte, saldría también de aquélla. Por algo le habían dicho a qué se arriesgaba al ingresar en el Servicio Secreto. En todo caso, su sacrificio no sería estéril. Serviría para evitar una guerra interplanetaria, en la que morirían miles de millones de seres, o bien la tiranía de un solo

hombre sobre todo el Sistema Solar.

* * *

Dos horas más tarde, Marcel Deschamps pilotaba su nave, puesta a punto por las dependencias del Servicio Secreto. Navegaba a doscientos mil kilómetros por segundo (dos tercios de la velocidad de la luz) hacia los confines del Sistema, adonde tardaría unas nueve horas en llegar. Hubiera podido forzar la marcha hasta los trescientos mil kilómetros por segundo, máxima velocidad que alcanzaban las astronaves de esta época, pero prefería retrasarse un poco para que su llegada a Plutón no coincidiese exactamente con la de Magnus Anderson y su escolta oficial.

Se había trazado ya un pequeño plan para liberar al «diabólico sabio», como le llamaban, plan que sería modificado si, una vez sobre el terreno, podía encontrar otro más adecuado y, sobre todo, menos peligroso. Consistía sencillamente en romper una pequeña cápsula de gas letárgico «L-25»; era un producto tan poderoso que bastaba un centímetro cúbico del mismo para envenenar a toda la atmósfera artificial de un recinto cerrado como la penitenciaría de Plutón.

Marcel llevaba la pequeña cápsula en la boca. Nadie lo sospecharía. Naturalmente, la tendría que escupir al suelo y romperla con el pie, pues si lo hacía con los dientes su muerte sería instantánea. Se exponía a ser visto, pero, en todo caso, si no impedían a tiempo que rompiera la cápsula, la atmósfera de la penitenciaría quedaría envenenada y durante un par de horas por lo menos todos los seres vivientes de su interior quedarían sometidos a una muerte aparente, pero seguro, que le permitiría a él actuar con absoluta libertad.

Para ello, buscaría un pretexto para llevar al cinto su casco de vacío. Era otro punto falso del plan, pero procuraría solventarlo. Rota la cápsula, contendría la respiración durante un minuto, mientras todos los demás irían cayendo bajo el sueño de dos horas, y aprovecharía aquel minuto para colocarse rápidamente el casco.

Si aquello salía bien, lo demás era fácil. Le bastaría correr a los controles, abrir la celda de Magnus Anderson, sacarlo, meterlo en la

nave y abrir luego la cúpula del compartimento estanco para que, desde la Tierra, gracias al control establecido sobre la nave, la pudieran sacar al espacio libre.

Luego, lo volvería a cerrar todo, después de haber dejado los restos de la cápsula dentro de la celda de Anderson, para que se supusiera que era éste quien la llevaba oculta. Se quitaría el casco, aspiraría el aire envenenado, y vería qué pasaba al despertar.

Procuraría, claro está, ayudar a reconstruir la fuga.

Anderson habría roto la cápsula y, mediante pequeños filtros colocados en el interior de la nariz —inventados por él y llevado todo antes de ser detenido— habría escapado a los efectos del gas. La versión no sería demasiado absurda. Marcel tenía la ventaja de que el «L-25» era rigurosamente controlado y no se sospecharía que él, como agente secreto, era poseedor de capsulas del mismo.

Anderson tampoco se enteraría de nada. Se habría quedado dormido en su celda de Plutón y despertaría en pleno espacio, en el interior de una nave que no podría controlar. Sería magnífico si todo salía bien.

Mientras pensaba en todo esto, Marcel iba dejando atrás las órbitas de los planetas más próximos a la Tierra. Su radar señalaba constantemente la relativa proximidad de astronaves que iban y venían en todas direcciones, pues hasta Neptuno aquel trasiego sería absolutamente normal. El intercambio de pasajeros y mercancías entre los diversos planetas y satélites era constante. Pero a partir de Neptuno el encuentro con naves disminuiría en gran parte o del todo en absoluto. La zona que se extendía más allá era considerada como defensiva para el Sistema, frente a un posible ataque del exterior y estaba bajo control militar.

Salvo en Plutón, en todos los planetas había habitantes, que en su día partieron de la Tierra, lo mismo que los americanos habían emigrado de Europa, formando poderosos Estados que se habían federado, aceptando sin embargo la hegemonía de su planeta de origen. Para que el parecido fuese mayor, lo mismo que en América se habían establecido reservas para los primitivos habitantes de los planetas, gran parte de los cuales habían sucumbido en la lucha contra los invasores terrestres, ocurrida algunos siglos atrás.

Plutón, de común acuerdo con todos los habitantes del Sistema, no había sido colonizado. Aparte de las penitenciarías, tenía numerosas bases militares desde las cuales el Ejército Federal del Sistema acudiría rápidamente con sus modernísimas armas de combate en caso de un ataque procedente del exterior.

Esto quería decir que todas las naves que se acercaban a aquel planeta eran rigurosamente controladas, y sólo poseyendo una autorización especial, como la que le había sido facilitada a Marcel Deschamps, se podía llegar hasta allí. El regreso sería quizá más fácil, pues la nave, controlada al llegar, posiblemente no sería molestada. Esto permitiría al Servicio Secreto de la Tierra llevarse a Anderson definitivamente, caso de que saliera bien el plan de fuga proyectado por Marcel.

Al cabo de varias horas de viaje, Neptuno quedo atrás, y el radar de Marcel detectó a bastante distancia, a proa, tres naves que el joven agente no tardó en identificar como pertenecientes a la Policía Federal. Eran, sin duda, las que conducían a Magnus Anderson a su destino. Marcel aminoró su velocidad para que la distancia aumentase más todavía. No tenía prisa. Ahora no era demasiado probable que un agente secreto de otro planeta pudiera adelantársele.

Casi al mismo tiempo identificó otra nave a popa. Esta última era marciana, según se desprendía de la matrícula, que era obligatoria y había de ser perfectamente visible en todas las astronaves. Letras y números tenían que ir pintados en gran tamaño en el flanco y en la cola.

Marcel observó que la nave marciana, que hasta entonces había navegado a una velocidad bastante superior a la suya, la aflojaba de pronto, al perecer con intención de no pasarle delante. Aquello le extrañó y decidió efectuar una llamada.

—¡Atención! —gritó, mientras pulsaba los botones correspondientes del cuadro de mandos—. ¡Atención! ¡Llama Marcel Deschamps, del «Space News», de Washington! ¡Contesten! Cambio.

No contestó nadie. En vez de ello, la nave marciana atenuó todavía más su velocidad, rezagándose. Marcel, intrigado, hizo lo mismo, sin darse cuenta de que caía en una trampa. Porque la escuadrilla de la Policía se estaba alejando de tal modo, que ya no

podía controlar con sus aparatos lo que sucedía en aquella parte del espacio. Para ello hubiera necesitado tener un enlace directo con las pantallas televisoras de las dos naves que habían quedado atrás. Y mientras Marcel pulsaba de nuevo los mandos para repetir su llamada, vio, por el radar, el torpedo que la nave marciana había disparado contra la suya.

Lo vio, y advirtió al mismo tiempo la supervelocidad del artefacto, soltado a traición. Disponía sólo de fracciones de segundo para lanzar la onda magnética protectora, que haría estallar el torpedo en el espacio, antes de llegar a su nave. Pero el mando para soltar la onda estaba al lado opuesto del cuadro. Marcel se inclinó en aquella dirección, con verdadero frenesí, pero una terrible sacudida que le hizo rodar por el suelo de la cabina le indicó que era ya demasiado tarde.

El torpedo acababa de destrozarle la popa, donde se asentaba la dirección de la nave. Con aquello se derrumbaba, de momento, todo cuanto se había proyectado para el rescate de Magnus Anderson.

CAPÍTULO II



arcel se puso en pie lo más rápidamente que le fue posible. Le quedaba la posibilidad, muy remota, de que la nave siguiera todavía en dirección a Plutón, en cuyo caso iría a estrellarse contra la superficie, ya que no tendría posibilidad de moverla para proceder al aterrizaje.

Esto tenía poca importancia, pues la nave estaba perdida de todos modos. Marcel se podría lanzar a tiempo con el antigravitatorio y, una vez en Plutón, buscaría la manera de hacerse con otra nave para sacar de allí a Anderson.

Pero pronto vio que no tenía la menor posibilidad en ningún sentido. El torpedo había modificado la marcha de la nave, que se dirigía ahora al espacio exterior. Si continuaba en esa dirección, no tenía la menor idea de adonde iría a parar, si es que iba a parar a alguna parte. Podía parar los motores, pero en este caso, como estaba aún demasiado lejos de Plutón para ser captado por su gravedad, lo más fácil sería que dicho planeta lo atrajera

convirtiéndolo en un satélite suyo.

Marcel pensó que, dadas las circunstancias, aquello era lo mejor que podía hacer, pues sus aparatos transmisores seguían funcionando y por lo tanto podría solicitar ayuda mientras iba dando vueltas y más vueltas en torno al último de los planetas.

Sin embargo, ni esta última y poco lúcida posibilidad le quedaba, pues en aquel momento su pantalla televisora registró una llamada y, al atenderla, se encontró ante mi hombre que le era completamente desconocido y que sin otra presentación le dijo:

—Le hablo desde la nave marciana, Deschamps. No queremos hacerle ningún daño…

—¡Pues si llegan a querer!… —exclamó Marcel.

—Si llegamos a querérselo —prosiguió el desconocido—, en vez de apuntar a la cola de su nave hubiésemos apuntado al centro.

La explicación no carecía de lógica.

—¿Y qué quieren de mí? ¿Cómo saben que mi nombre es Deschamps?

—Antes ha llamado usted, presentándose, ¿verdad? —dijo el hombre—. Queremos, sencillamente, que se entregue. Láncese al espacio y será recogido por nosotros. No le sucederá nada.

—¿Y si me niego?

—Entonces, sintiéndolo mucho, le tendremos que obsequiar con un proyectil atómico, que no deje rastro de la nave ni de usted. Elija lo que más le convenga y conteste pronto.

—Pero ¿por qué todo esto? —quiso saber aún Marcel—. ¿Qué interés tienen ustedes en capturarme?

—De momento limítese a contestar a mi proposición —replicó el marciano—. No se haga falsas ilusiones. Dentro de dos minutos será tarde para decidir, porque lo habremos hecho ya nosotros.

Marcel no estuvo demasiado tiempo pensando. La amenaza no era ninguna fanfarronada en las circunstancias en que se encontraban. Si decidían dispararle un proyectil atómico, nadie podría pedir cuentas de nada a los marcianos e Hillary esperaría en vano noticias de su agente, al que consideraría perdido.

No era aquél el final que deseaba Marcel. Por lo tanto, contestó:

—Me constituyo prisionero. Voy a abandonar la nave.

—Bien. Nada de jugarretas, ¿eh, Deschamps? Le controlaremos. Láncese sin armas, y nos lo tendrá que agradecer.

—Mi agradecimiento hacia ustedes será eterno —contestó él con sorna. Luego repuso—: Dentro de un minutó estaré en el espacio. Si no tienen nada más que decirme, corto.

—Puede cortar. Hasta ahora, Deschamps.

Marcel pensó que podía llamar al Servicio Secreto, comunicando lo que le sucedía. Pero aquello hubiera sido confesar su derrota y, de hecho, la aventura sólo acababa de empezar. Como los viejos generales, Marcel pensó que había perdido una batalla, pero no la guerra, y que todavía podían suceder muchas cosas.

Como medida de precaución se llevó los documentos que le acreditaban como corresponsal del «Space News». Quizá le serían útiles. Luego, se colocó el casco del vacío y, abriendo la compuerta de seguridad de la destrozada nave, se lanzó en seguida al espacio automáticamente.

Desde el exterior pudo apreciar los destrozos que el torpedo había producido en la popa de su nave. Vio también la nave marciana y, por medio del pequeño receptor del casco, pudo mantener la conversación con sus tripulantes.

—Nos acercaremos a usted casi con los motores parados, Deschamps —le dijeron—. Agárrese a la nave y acérquese a la compuerta. No trate de agredir a la persona que le reciba, pues sería acribillado.

—Sobran las advertencias —contestó el—. Ya sé que no puedo hacer nada.

Pocos minutos después pasaba al interior de la nave marciana. Le recibió un hombre que empuñaba una pistola atómica, el cual le invitó a sacarse el casco y pasar a la cámara de mandos.

Allí había otros dos hombres y una mujer. Marcel pensó que sin duda constituían toda la tripulación de la nave, pues era de capacidad reducida. Naturalmente, aquello no le solucionaba demasiadas cosas; él iba desarmado y sus cuatro enemigos disponían de pistolas automáticas que entrarían en función al menor gesto hostil por su parte.

Se había quitado ya el casco del vacío, y miró directamente a la mujer, una hermosa muchacha de unos veintidós años, de cabello negro y cutis ligeramente moreno, que denunciaba el origen mediterráneo de sus antepasados antes de emigrar a Marte dos o tres siglos antes.

—¿De modo que es usted Gina Montese? —dijo, por fin.

—La misma, Marcel Deschamps. Como puede ver, esta vez he tomado precauciones a tiempo —contestó ella, con una sonrisa de burla.

Marcel y Gina habían coincidido en diversas misiones en las que habían estado interesados por igual los Servicios Secretos de la Tierra y Marte, respectivamente. Tenían sobrados motivos para sospechar uno del otro que eran agentes y, hasta entonces, siempre el supuesto periodista de la tierra había triunfado de su rival marciana.

Pero ahora las cosas se habían iniciado por un camino diferente. Desde el primer momento. Marcel no tuvo la menor duda de que Gina se dirigía también a Plutón con el propósito de apoderarse de Magnus Anderson por cuenta de su Gobierno. Le quedaba el consuelo de comprobar que Hillary había tenido olfato, al mismo tiempo que lamentaba su personal estupidez al efectuar la llamada dando su nombre. Había sido error que quizá le costaría muy caro.

—¿Qué se propone hacer conmigo, Gina? —preguntó.

—Tenerle encerrado para que no me estorbe —contestó ella. La sonrisa era ahora de triunfo.

Marcel exclamó:

—¿En qué le he de estorbar? Yo soy un periodista que va a realizar un reportaje para conocimiento general…

—Ya lo sé, señor Deschamps. Y yo soy una profesora de Geología que va a realizar unos estudios al frente de su equipo. Pero como se trata de unos estudios que no quiero que se divulguen, porque soy muy modesta, prefiero tener encerrados a los periodistas hasta que los haya terminado.

—En Plutón pediré ayuda.

—¿A quién, Deschamps? Le tendré aislado todo el tiempo. Y no piense en reclamar luego, cuando lo suelte, porque negaré rotundamente haberle visto. No soy tan tonta como supone, y no tendrá pruebas contra mí.

Gina miró a sus subordinados, y repuso:

—Pero ya hemos hablado bastante, ¿no le parece? Hay que saber perder. Vamos, encerradlo ya. Si se porta bien, le daremos buena comida y cuando regrese a su periódico habrá engordado diez kilos, por lo menos.

Fue en aquel momento, cuando uno de los marcianos avanzaba hacia él, el elegido por Marcel para actuar. No llevaba armas, aparentemente, pero sin que sus enemigos lo supieran estaba en condiciones de vencerles en breves segundos.

Había conservado en la boca su pequeña cápsula de
«L-25».
Retrocedió un paso, de pronto, sin que los otros pudieran comprender lo que se proponía y, escupiendo el vidrio, lo aplastó rápidamente con el pie.

No se notó el menor cambio en la atmósfera artificial del interior de la nave. Pero la mezcla se efectuó, instantáneamente, y los pulmones de los cuatro marcianos acusaron la absorción del gas envenenado. Gina, mientras se le doblaban las piernas, pudo empezar a gritar:

—¡Es gas letár…!

Y cayó exhausta con los ojos muy abiertos, sin poder terminar la frase.

Los tres hombres cayeron también, bajo la potente acción del
«L-25»,
cuando se disponían a saltar al mismo tiempo sobre Marcel. Ellos no habían comprendido bien qué se proponía hacer el falso periodista; sólo por instinto de defensa, al verle adoptar una actitud poco clara, se lanzaron contra él para inmovilizarle. Pero no tuvieron tiempo y rodaron por el suelo como si hubieran sido fulminados por un rayo.

Marcel había contenido la respiración. A pesar de ello, los efectos del gas penetraban parcialmente en su sistema respiratorio, pero no con la intensidad suficiente para dejarle sin sentido. Pudo colocarse a toda prisa el casco del vacío, que se había colgado del cinto al entrar en la nave y, después de haber inhalado unas cuantas bocanadas de oxígeno puro, volvió a sentirse en pleno dominio de sus facultades.

La situación había dado un repentino cambio, favorable a Marcel. Ahora era dueño de la nave marciana y sus cuatro tripulantes se habían convertido en prisioneros suyos. Nada le impediría ya ir a Plutón y trazar un nuevo plan para apoderarse de Magnus Anderson. Sólo que ahora las cosas no se podrían realizar como, al menos en teoría, las había planeado él al abandonar la Tierra.

En primer lugar, había gastado su única cápsula de gas «L-25».
No podría envenenar la atmósfera artificial de la penitenciaría y, por lo tanto, tendría que realizar la captura de Anderson con todo el personal en plena posesión de sus facultades.

Luego, tendría que justificar su presencia a bordo de una nave marciana. No le bastaría encerrar a Gina Montese y sus subordinados en una de las cámaras de la nave. Las autoridades de Plutón, muy exigentes en todo querrían saber por qué siendo él de la tierra y redactor de un periódico, se presentaba en Plutón a bordo de una nave perteneciente a otro planeta. No sería fácil de explicar.

Y en tercer lugar, estaba el hecho de que ahora la nave no era controlada por radio desde la Tierra. Si Anderson, por algún medio que Marcel desconocía aún, conseguía pasar a bordo de la misma, no podría ir solo porque entonces la nave quedaría bajo su control. Él, Marcel, tendría que escapar con el «sabio diabólico» y ponerse luego en contacto con Hillary para saber qué tendría que hacer con su prisionero. Con todo esto se correría el riesgo de que el desconocido paradero de Anderson fuese descubierto, que era precisamente lo que los jefes de Marcel querían evitar.

Se encogió de hombros pensando que no se había podido obrar de otro modo y que ya se podrían dar todos por satisfechos si al final se conseguía tener a Anderson. Luego, desvió la ruta de la nave, alejándola de Plutón, porque necesitaba un poco de tiempo para pensar antes de presentarse a las autoridades militares del planeta.

Hizo funcionar el purificador de aire para que desapareciera la contaminación del gas letárgico y se pudiese él quitar el casco del vacío. Dejó a los cuatro desvanecidos marcianos donde estaban, sobre el suelo de la cabina, limitándose a quitarles las armas y a no dejar ninguna a su alcance. Cuando despertasen hablarían de nuevo, ahora en condiciones muy distintas. La hermosa italo-marciana tendría que reconocer una vez más que no estaba a la altura para medirse con él.

De este modo transcurrieron dos horas, y los desvanecidos personajes empezaron a dar señales de vida. Despertaron con pocos segundos de intervalo, ya que la cantidad de gas absorbida por los cuatro había sido la misma. Y tuvieron la sorpresa de ver frente a sí

a Marcel Deschamps con una pistola atómica al cinto y otra en la diestra, apuntándoles, mientras se daban cuenta de que sus propias armas habían desaparecido.

—Ahora soy yo quien les recomienda que no hagan ninguna tontería —fueron las primeras palabras de Marcel—. Pueden ponerse en pie, pero a distancia. Al lado opuesto del cuadro de mandos.

Gina y los tres hombres obedecieron en silencio. Lo mismo que Marcel eran luchadores y sabían perder cuando llegaba la ocasión, sin entregarse a lamentaciones inútiles. Gina, pese a ser mujer, lo mismo que los demás. Sin embargo, fue ella la que preguntó, al cabo de unos momentos:

—Bien, ¿y qué piensa hacer con nosotros?

—Más o menos lo que ustedes conmigo, señorita profesora de Geología. Tenerles bien encerrados hasta que me convenga soltarles. Comprenda que no puedo ser más explícito.

—La situación no es la misma —objetó ella—. Usted pilota ahora una nave que no le pertenece. Tendrá que justificarse ante las autoridades de Plutón y esto no le será fácil.

—Exactamente lo que me estaba diciendo yo hace poco, Gina —dijo Marcel, con cierta ironía en la voz—. Es una lástima que tengamos que vernos frente a frente. Un descendiente de franceses como yo y una descendiente de italianos como usted se podrían entender a la maravilla.

—¿Cómo piensa resolver la cosa? —insistió ella.

—Voy a satisfacer su curiosidad. Pasaremos por alto que han torpedeado ustedes mi nave, lo cual, denunciado a las autoridades federales, podría traerles un serio disgusto. Oficialmente, no hay terrícolas y marcianos sino súbditos únicos de la Federación Solar.

—¿Y bien? —dijo Gina, impaciente.

—Diremos que he sufrido un percance y que ustedes me han recogido, añadiendo que se han ofrecido graciosamente a transportarme a Plutón. O sea que, una vez me hayan dejado allí, ustedes continuarán su viaje; o mejor dicho aún, emprenderán el regreso sin descender de la nave.

—¡Esto no puede ser! —exclamó Gina, indignada—. Nosotros…

—Esto o la denuncia, mi simpática antagonista —cortó Marcel—. Es mi modo de tenerles encerrados.

La joven se sintió cogida. Podía, desde luego, negar que hubiera torpedeado la nave de Marcel, pero entonces tendría que explicar, con pruebas, cómo el terrícola se encontraba a bordo de la suya. Le miró con indignación. Y fue precisamente entonces cuando vio, en la pantalla de radar casi encima mismo de la cabeza de Marcel, el extraño objeto que podía tomarse por una nave desconocida, y que había aparecido súbitamente.

Su indignación se transformó en asombro, al exclamar:

—¿Qué es eso? ¿De dónde ha salido esa nave? ¡Mire, Deschamps!

—El procedimiento está un poco usado —contestó él, burlándose—. Si pretende distraerme para dar la orden de ataque…

Sin embargo, al repasar los rostros de los tres hombres que estaban junto a Gina, comprendió que no trataban de distraerle. No era fácil fingir el asombro de aquel modo. Uno de los hombres dijo:

—Desaparece y vuelve a aparecer de pronto en otra parte del espacio, como si se volviera invisible para cambiar de lugar.

Entonces, Marcel se decidió a levantar la cabeza, pero advirtiendo antes:

—No traten de aprovecharse de mi descuido. Dispararé si les sorprendo avanzando un solo paso hacia mí.

Vio lo mismo que habían visto los neomarcianos. El objeto, de forma esférica, podía ser una astronave. Pero no pertenecía a ninguno de los modelos autorizados por la Federación Solar y, además, no llevaba matrícula alguna.

Lo mismo que los demás, Marcel vio desaparecer de pronto a la extraña nave. No alejarse y disminuir paulatinamente de tamaño, sino desaparecer súbitamente, como si se hubiera desintegrado. Y dos o tres segundos más tarde, la pantalla acusaba su presencia en otro punto del espacio.

Marcel se volvió hacia los demás. Nadie se había movido. Nadie había pensado en aprovecharse de su distracción para atacarle, sin duda, porque todos se daban cuenta por instinto de que la presencia de aquel extraño objeto representaba una amenaza general. Una amenaza para todos, fuesen terrícolas o marcianos.

En aquel momento se registró una llamada en la pantalla de televisión.

—¿Serán «ellos»? —murmuró Marcel, poniéndose tenso.

No se preocupó de que los marcianos se acercaran a mirar, y pulsó los botones para atender a la llamada. No eran «ellos». Apareció el rostro de un teniente de la Policía Federal que, sin preámbulos de ninguna clase, preguntó:

—¿Lo han visto ustedes también? ¿Se han dado cuenta de ese misterioso objeto que aparece y desaparece de modo tan extraño?

Pasando la vista de la televisión al radar, Marcel advirtió entonces la presencia de la escuadrilla federal, lejos, en dirección al planeta. La alarma tenía que haber sido bastante intensa cuando no se preocupaban de preguntarle qué hacía en aquel sector del espacio por el que no se podía navegar sin autorización especial.

—Sí, teniente —contestó Marcel—. También a nosotros nos ha extrañado. Parece una astronave, desde luego.

—Pero no es de ningún modelo registrado —repuso el oficial, repitiendo las observaciones que Marcel y sus compañeros de nave habían realizado—. No lleva matrícula y desaparece bruscamente. Y, a propósito, ¿qué hacen ustedes aquí?

—Tenemos permiso para aterrizar en Plutón, teniente. ¿Quiere que lo ponga frente a la pantalla?

—No hace falta ahora. Diríjanse a la superficie del planeta y que les controlen allí. Nosotros hemos de preocuparnos de esa nave o lo que sea.

—¿Han enviado una llamada?

—Sí, pero no hemos recibido contestación —dijo el policía—. Por eso conviene que ustedes dejen el campo libre. Tendremos que atacar y la presencia de ustedes en el espacio puede entorpecer nuestros movimientos, aparte de que se exponen a recibir algún impacto incontrolado.

A Marcel le repugnaba colocarse aparte de la lucha que se iba a iniciar…, suponiendo que hubiese posibilidad de lucha frente a un enemigo que se esfumaba como por arte de magia.

—Podemos colaborar con ustedes —objetó.

—¡Retírense! —gritó el teniente, molesto ya—. ¡Es una orden que les doy como responsable de la seguridad de este sector del espacio!

Marcel miró a la pantalla de radar y pudo ver cómo la escuadrilla de la Policía, compuesta de media docena de naves, se había ido acercando. La misteriosa esfera continuaba sus

movimientos apareciendo en un lugar, y desapareciendo de pronto, para surgir inesperadamente en otro.

El joven terrícola se volvió hacia Gina y sus tres marcianos.

—No veo de qué modo se podrá llevar a cabo la lucha —dijo—. ¿En qué dirección piensa disparar la policía?

—¿Y nosotros, qué hacemos? —preguntó a su vez, la muchacha.

—Fingir que nos alejamos, para intervenir si vemos la oportunidad.

—Supongo que contará con nuestro consentimiento, ¿no?

Marcel no había abandonado aún la pistola atómica que empuñaba. Sus ojos la señalaron, al contestar:

—He escondido todas las armas salvo éstas. No creo que les convenga una lucha para recuperar el mando.

Con la izquierda iba manejando los controles. En la pantalla apareció Plutón, cada vez más cerca, a medida que se alejaban de la escuadrilla de la Policía.

—Bien —dijo, de pronto—. Ya nos hemos alejado bastante. Los policías tienen bastante trabajo y no se preocuparán de si llegamos a Plutón o no. Presenciáramos el combate desde este sector.

Gina, que no había contestado a sus palabras anteriores, tampoco contestó a aquéllas. Se mantenía a la expectativa, lo mismo que sus subordinados, con la vista fija en las pantallas y esperando los acontecimientos.

Éstos no tardaron en producirse. La nave misteriosa había hecho una de sus apariciones frente a la escuadrilla de la Policía, y de las componentes de ésta fueron lanzados, de pronto seis torpedos a la vez.

—¡Si no suelta pronto la onda magnética, está perdida! —gritó Gina, refiriéndose a la nave misteriosa.

—¿Cree usted que necesita onda magnética para evitar los torpedos? —replicó Marcel—. ¡Mire!

En efecto, cuando se produjo la sexta explosión que parecía inevitable, la esfera desapareció una vez más y los seis torpedos se perdieron a distancia, en el espacio exterior.

—Tal vez dentro de algunos miles o millones de años encuentren en su camino un astro perteneciente a una remota galaxia y estallen allí —comentó Marcel, con burla.

Gina iba a decir algo, pero se quedó con la palabra en la boca al

ver lo que estaba sucediendo en aquel momento. La misteriosa nave acababa de reaparecer y de pronto, de uno de sus flancos, brotó algo que podía tomarse por un rayo o ligero chorro de fuego, muy rápido, que fue a prolongarse contra el costado de una de las naves de la Policía.

Fue algo instantáneo y nada espectacular. Pero en seguida se vio que la nave tocada se retrasaba y que no podía ya continuar evolucionando con el conjunto del que formaba parte.

Marcel quiso llamar al teniente para pedir detalles de lo ocurrido. Pulsó los mandos de la pantalla, pero en el recuadro de ésta no apareció ningún oficial. Ni siquiera ningún ser humano. En el brillante espejo apareció algo que podía recordar la grotesca caricatura de una cabeza, toda ella de metal, salvo los brillantes espejos que sustituían a los ojos.

En definitiva, lo que vieron Marcel, Gina y los otros tres marcianos fue la cabeza de un muñeco mecánico; de un robot.

—¿Qué… qué es eso? —No pudo evitar el preguntar, Gina, con un movimiento que delataba su miedo y asombro.

—Un robot —contestó Marcel—. Uno de «ellos»; un tripulante de ese balón que aparece y desaparece a placer.

Y en aquel momento, el altavoz reprodujo las palabras del robot:

—¡Aviso a todos los habitantes del Sistema que pretendan luchar contra nosotros! ¡Acabamos de efectuar una ligerísima demostración de nuestro «rayo de la muerte»! ¡Lo hemos hecho funcionar a su mínima intensidad, pero puede multiplicarse por diez, por ciento o por mil! ¡No hay ondas magnéticas que impidan su paso! ¡Las naves, los edificios, toda clase de defensas o concentraciones quedarán volatilizadas bajo sus efectos! ¡Acaten nuestras órdenes sin la menor oposición y se ahorrarán una hecatombe! ¡No tienen medios para luchar contra nosotros!

El robot desapareció y la pantalla volvió a quedar a oscuras. Gina, que había recobrado poco a poco su aplomo, dijo:

—Después de todo, ese «rayo de la muerte» no es peor que nuestras bombas atómicas.

—Lo es, Gina —replicó Marcel—. Porque las bombas atómicas se pueden detectar y hacer estallar en el espacio, antes de llegar a su objetivo. ¡Y esa nave tiene le ventaja de que ataca inesperadamente, sin que se la vea llegar, dejando anticuados todos nuestros sistemas

de prevención y defensa!

—Pero ¿cómo es posible esto?

—Le comunicaré la ligera idea que me he formado sobre la situación, Gina. Esos robots y quienes los dirigen proceden del espacio exterior. De algún Sistema o de alguna Galaxia que puede estar a miles o hasta a millones de años luz de distancia de nosotros. ¡Esto quiere decir que el desplazamiento no lo pueden hacer con los medios que nosotros tenemos como habituales! ¡Han de haber encontrado un sistema de velocidad muy superior al de la luz!

—Comprendo —dijo Gina, aterrada—. Al moverse a una velocidad superior a la de la luz se hacen invisibles para nosotros. Entonces…

—¡Entonces —concluyó Marcel—, el Sistema Solar se encuentra ante el más grave peligro que puedo haber conocido desde que existe!

CAPÍTULO III



iguieron unos minutos de silencio, durante los cuales todos parecían tratar de que sus cerebros asimilaran la magnitud de la terrible amenaza que se cernía sobre la humanidad entera. Lo rompió uno de los tres marcianos, al decir:

—Después de esto, creo que nuestras rivalidades internas empiezan a estar de más.

—Tiene usted razón, amigo —contestó Marcel—. Frente a «ellos» no pueden haber terrícolas, marcianos o gente de ningún otro planeta, sino hombres. Después de todo, es la raza humana la que ha poblado los planetas del Sistema y la que domina en el mismo. No puede importar que después de las emigraciones de nuestros antepasados las generaciones actuales hayan nacido en Venus o en Júpiter. De hecho, somos todos terrícolas, somos todos humanos, y hemos de unirnos frente al invasor.

Se colgó la pistola en el cinto y fue a abrir el armario donde

había guardado las demás.

—Recuperen sus armas y su nave —repuso—. Yo olvido el ataque de que he sido objeto y considero que me han recogido ustedes por haber sufrido un percance en el curso de mi viaje.

Nadie se preocupó por coger nada. ¿De qué iban a servir las pistolas atómicas contra aquel «rayo de la muerte» que podía brotar en el momento y del lugar menos esperados? Las miradas de todos no se apartaban de las pantallas, para estar al corriente de lo que sucedía en el exterior. Las naves de la Policía seguían evolucionando, salvo la que había sido alcanzada, la cual estaba tratando de aproximarse a la superficie de Plutón. La misteriosa nave extrasolar no se veía ahora por parte alguna. Pero esto no podía significar que se hubiese retirado.

—¿Le importa que llame al teniente de la Policía, Gina? —preguntó Marcel, dando a entender que la reconocía como dueña de la nave marciana.

—Hágalo, si cree que puede servirle para algo.

Momentos después, el desconcertado rostro del teniente aparecía en la pantalla televisora. Fue el primero en hablar.

—¿Qué hacen ustedes ahí todavía? ¡Les he ordenado que se dirigieran a Plutón!

—¿Estaremos en Plutón más a salvo que en este lugar del espacio teniente? —preguntó Marcel—. ¿Estaremos a salvo en alguna parte, ante el gran ataque que nos ha sido anunciado?

El rostro del oficial se ensombreció.

—No, tiene usted razón —dijo, ahora con la calma propia de la desesperación—. Hagan lo que quieran. ¿Por qué me han llamado?

Marcel dijo:

—Quería preguntarle cuáles han sido los efectos de ese «rayo de la muerte» en la nave alcanzada.

—El metal se ha fundido instantáneamente en la parte tocada por el fuego, abriendo un boquete de medio metro de diámetro. Uno de los tripulantes, alcanzado también por el fuego, ha quedado carbonizado, No se trata de una valentonada por parte de los atacantes. Si realmente pueden intensificar los efectos de esa arma, estaremos indefensos en sus manos.

—¿Puedo preguntarle qué piensa hacer, teniente?

—Nada —contestó el oficial, con franqueza—. He dado cuenta

de lo sucedido al mando. Esto ha de ser desde ahora cosa del Ejército y no de la Policía. Aunque temo que el Ejército muy poco podrá hacer en este caso.

Marcel estuvo de acuerdo con él y la conversación no tuvo motivo para ser continuada. La habían cortado apenas cuando el radar anunció la presencia en el espacio de numerosas escuadrillas militares que acudían a reforzar o, mejor dicho, a sustituir a las naves tripuladas por la Policía. Tanto Marcel como los marcianos miraron los refuerzos con escepticismo.

—Dudo que puedan hacer nada, contra una nave que ni siquiera sabemos dónde está —murmuró Gina.

—Ni siquiera sabemos que se trate de una sola nave añadió Marcel. —Cierto que hasta ahora no hemos visto dos al minino tiempo, pero esto puede haber sido hecho con cálcalo, para desconcertarnos más.

La presencia de las naves militares hizo comprender, sin dada, a los invasores que su ultimátum había sido rechazado, porque inmediatamente la extraña esfera apareció muy cerca de las escuadrillas, y de sus costados empezaron a brotar chorros de fuego simultáneos y de una intensidad muy superior a la primera demostración.

Varias naves del Ejército se convirtieron da pronto en inmensos hornos, para que después, pasada la furia de fuego, no quedase de ellas al menor rastro. Otras dispararon, pero ya la nave enemiga había desaparecido y los torpedos se perdieron en el infinito, lo mismo que los disparados anteriormente por la Policía.

La esfera fue vista entonces por el lado opuesto de las naves del Ejército, contra las que lanzó de nuevo sus terribles chorros de fuego, derritiendo unas cuantas más. Se estaba librando una batalla imposible, en la cual sólo uno de los contendientes tenía posibilidades de hacer algo.

Y el Ejército de la Federación se empezó a retirar. Desde la nave marciana, Marcel y los demás captaron la orden:

—¡Todas las naves a Plutón! ¡Nos defenderemos desde tierra, pues las posibilidades serán mucho mayores!

Marcel hizo observar a sus compañeros:

—Hasta ahora, no se ha dirigido ningún ataque contra nosotros. Seguramente «ellos» se han dado cuenta ya de que no

participábamos en la lucha.

—¿Piensa permanecer al margen de ella indefinidamente? —preguntó Gina.

—Si estamos frente a una invasión extrasolar, ningún habitante del Sistema se podrá quedar al margen —contestó Marcel—. Yo no he hablado con esa intención. He querido decir que puesto que no nos atacan a nosotros, no es necesario que apresuremos el aterrizaje.

—¿Y qué vamos a ganar con ello?

—Presenciaremos la lucha desde el espacio. La nave o naves enemigas, para atacar la superficie, tendrán que disminuir su velocidad y por lo tanto se tendrán que dejar ver. Entonces, quizás encontraremos nosotros la posibilidad de entrar en acción y abatir alguna de ellas.

No era un plan con demasiadas posibilidades, pero como en aquella lucha no había en realidad posibilidad alguna, fue aceptado por Gina y los suyos. Evolucionando despacio mientras se acercaban a la superficie del planeta, presenciaron a través de las pantallas el aterrizaje de la Policía en las penitenciarías, y el de las naves del Ejercito en sus propias bases, a cierta distancia de aquéllas.

De pronto, vieron surgir la esfera por debajo suyo. Las baterías de los fortines que rodeaban las bases entraron en acción, pero la nave enemiga volvió a esfumarse para reaparecer a los pocos segundos y rociar con su terrible fuego, aumentado al máximo, todo el territorio desde donde se les hostilizaba.

—¡Es horroroso! —exclamó Gina, viendo los efectos del ataque—. ¡Terriblemente horroroso!

En efecto, bases, naves, fortines y hombres habían quedado envueltos en un verdadero infierno y, cuando se extinguió el fuego no se vio allí más que un terrible agujero ennegrecido, semejante al inmenso cráter de un volcán. Todo lo demás había desaparecido, derretido por el siniestro «rayo de la muerte».

Y la esfera, desde luego, no estaba ya en el punto donde había iniciado el ataque ni en ningún otro donde se pudiera ver.

—¿Sigue opinando que vamos a tener alguna posibilidad de abatir a esa nave maldita? —preguntó Gina a Marcel.

—Estoy pensando que va a ser muy difícil. De hecho, sólo nos es dado contemplar un espectáculo que nada tiene de agradable.

Gina dijo:

—Lo mejor que podríamos hacer es regresar a Marte o a la Tierra para dar cuenta de lo que sucede aquí.

—De esto se habrá encargado ya el Mando, Gina —repuso Marcel—. Y me repugna la idea de regresar, porque se parecería mucho a una huida. Aunque no hayamos tomado todavía parte en la lucha, no he renunciado a hacerlo cuando vea la oportunidad de actuar con cierta ventaja.

En aquel momento, el chorro de fuego de la esfera se dirigía contra las penitenciarias. Era, sin embargo, un fuego bastante más atenuado que el dirigido contra las bases militares. Se limitó a destruir la gran cúpula transparente, bajo la cual se alzaban las instalaciones, y a derribar parte de éstas, aunque dejando mucha cosa en pie.

De pronto, uno de los marcianos exclamó:

—¡Miren! ¡Ha aterrizado!

La advertencia era innecesaria, porque nadie había perdido el detalle. La esfera se había posado sobre el suelo de Plutón, muy cerca de los límites de la destruida cúpula del recinto de las penitenciarias.

—¡Es nuestro momento! —gritó Marcel, lanzándose a los mandos de la nave.

Se precipitó hacia abajo, buscando la esfera en el punto de mira, pronto a soltar una bomba atómica. Pero no vio nada. La nave enemiga sólo había estado breves segundos sobre el suelo plutoniano. Gina, que seguía atenta observando la pantalla, dijo:

—Algo ha quedado en el suelo. Unos cuantos artefactos…

—¡Robots! —gritó uno de sus subordinados.

Marcel miró a su vez y pudo distinguir tres muñecos mecánicos, identificables con el que había lanzado el ultimátum a través de la televisión.

—De todos modos, podría soltar la bomba y acabar con esos tres primeros invasores del Sistema —dijo.

—Observen que llevan unas extrañas pistolas en las manos —añadió Gina—. Pueden ser armas que disparen ese famoso «rayo de la muerte».

—No importa. Destruiremos los robots y las armas —repuso Marcel, continuando la maniobra.

Pero no llegó a tiempo. La esfera apareció en el espacio, muy cerca, y, previendo la catástrofe, Gina, pudo advertir:

—¡Nos van a atacar! ¡Cuidado!

Marcel solo pudo detener los motores, dejando que la nave fuese arrastrada por la gravedad de Plutón, al tiempo que el mortífero fogonazo era dirigido ahora contra ellos.

No hubo choque. No hubo explosión de ninguna clase. La nave siguió descendiendo, siempre atraída por el planeta, pero los cinco seres humanos de la cabina vieron el fatídico resplandor por encima de sus cabezas, encontrándose de pronto con el cielo abierto como único techo. Toda la parte superior de la nave había sido destrozada por el «rayo de la muerte».

—¡Pronto! —gritó Marcel—. ¡Los cascos del vacío!

Todos se apresuraron a colocárselos, para evitar la muerte por asfixia. Al mismo tiempo, Gina y sus tres subordinados se apoderaron de las pistolas atómicas que Marcel les había devuelto. No esperaban sacar demasiado provecho de ellas, pero siempre era mejor llevarlas.

—Tendremos que abandonar la nave, como es natural —repuso Marcel que, sin consultar con nadie, se había hecho cargo del mando—. Nos lanzaremos con los antigravitatores. Y no estará de más que nos llovemos pistolas de balas ultraperforadoras. No sabemos en qué circunstancias nos vamos a encontrar.

—Lo más fácil es que nos encontremos con los chorros de fuego de los robots, mientras estemos descendiendo —dijo Gina.

Pero se llevaron las armas y, momentos después, con los antigravitatores colocados como mochila, iban descendiendo lentamente hacia la superficie de Plutón.

La esfera no había vuelto a disparar, considerando quizá que había bastado el primer ataque para acabar con ellos. En cuanto a los robots, mientras iban descendiendo los vieron avanzar hacia el interior del recinto de las penitenciarías, siguiendo sin duda, las instrucciones que les eran transmitidas por radio desde la esfera.

—No es de suponer que disparen contra nosotros —dijo Marcel, hablando por el receptor del casco del vacío—. Tienen otros objetivos más cercanos.

Los objetivos eran unos grupos de policías, protegidos por dos tanques, que habían salido al encuentro de los robots. No parecía

posible que tres muñecos mecánicos pudieran vencer en una lucha que en apariencia se presentaba tan desigual. Pero en seguida se vio lo equivocada que resultaba esta apreciación. Las granadas atómicas de los tanques estallaron casi en las mismas bocas de los cañones a causa de una onda magnética que fue lanzada desde la esfera, para proteger a los robots.

Tanques y hombres resultaron terriblemente dañados a consecuencia de las explosiones, y lo que quedó en pie fue derretido o carbonizado por los «rayos de la muerte» que brotaban de las pistolas empuñadas por los tres hombres mecánicos.

—No comprendo por qué los han desembarcado —murmuró Marcel, mientras llegaba por fin a la superficie de Plutón—. Les es mucho más fácil destruirlo todo rápidamente desde el aire, con su astronave inalcanzable.

—Algo se proponen —replicó Gina, que había llegado al suelo también—. Es posible que les convenga apodérame de alguna cosa antes de proceder a la destrucción total. Observe que han dejado casi intacta una de las alas de la penitenciaria.

—Es cierto —dijo Marcel, y después se quedó pensativo unos momentos.

De pronto, la idea de su propia misión, casi olvidada por lo brusco de los acontecimientos, le vino a la memoria. Él también había ido a Plutón a buscar algo. Aquel ataque de los seres de otro Sistema, lo mismo podía facilitarle las cosas que entorpecérselas de modo definitivo, Pero él tenía que intentarlo. Había recibido una orden de su jefe y estaba obligado a cumpliría por lo menos hasta que fuese materialmente imposible el seguir adelante.

Se había quitado el antigravitator, que dejó en el suelo, y mirando a Gina y sus tres ayudantes, manifestó:

—Bien, no creo que existan ya motivos para que sigamos juntos. Doy por olvidadas las circunstancias que me han obligado a efectuar con ustedes esta última parte del viaje, pero todo acaba aquí.

Y empezó a alejarse. La gravedad de Plutón, aproximadamente la mitad del grado de acción de la Tierra, le permitía aligerar el paso notablemente.

—¡Va usted a meterse en el infierno! —le gritó Gina, viendo que tomaba la dirección de las penitenciarías.

—¡Si esto continúa, pronto será infierno cualquier punto habitado de nuestro Sistema! —contestó él.

Siguió alejándose, sin escuchar nada más. Algo se le había aferrado de pronto en el magín y aunque la idea le parecía insensata, la aceptaba tanto más cuanto mayor era el esfuerzo que hacía por soltarla. Concretamente, se le había ocurrido que los atacantes pretendían apoderarse de Magnus Anderson y, por su parte, se proponía burlar sus intenciones pasándoles él delante. Ya vería qué sucedería después.

Luego, se volvía a decir que aquello era completamente absurdo. Que no tenía el menor sentido. ¿Qué les importaba Magnus Anderson a aquellos seres, llegados no se sabía de dónde? Y sobre todo, ¿cómo podían saber que Anderson era uno de los hombres más diabólicamente sabios que habían nacido en el Sistema Solar y, además, que acababan de encerrarlo a perpetuidad en la penitenciaría de Plutón?

Evidentemente, era imposible que los invasores estuvieran enterados de todo aquello. Sin embargo, se replicaba Marcel a sí mismo, estaba el hecho evidente de que si el Sistema tenía que salvarse sería gracias a la ciencia de un hombre como Anderson, única capaz de combatir contra los poderosos medios de que hacían gala los ocupantes de la nave más rápida que la luz. Luego, a éstos les convenía tener a Anderson en su poder para evitar que en última instancia fuese en ayuda de los que le habían condenado a cadena perpetua.

Esto explicaría el desembarco de los robots y el hecho de que la penitenciaría no hubiese sido reducida a cenizas en su totalidad, como las bases del Ejército. Claro que, entonces, «ellos», los atacantes, tenían que saber incluso en qué parte de la penitenciada estaba recluido Anderson, para respetarla y poder ir en su busca. Y, por otra parte, arrasando el conjunto se libraban asimismo del sabio, sin el menor peligro de que, una vez muerto, decidiera ir en ayuda de sus hermanos de raza.

Entre contradicción y contradicción, Marcel llegó a la parte de la penitenciaría que hasta, entonces había sido respetada por el «rayo de la muerte» lanzado desde la misteriosa esfera. Nadie se metió con él ni le preguntaron de dónde venía ni qué quería. El pánico se había apoderado de todo el mundo, y los hombres —policías o

funcionarios de la penitenciaría— corrían de un lado a otro, muy de prisa, pero sin saber qué hacer ni cómo librarse de aquel terrible enemigo que se les había echado encima.

Destruida la cúpula protectora, que mantenía una atmósfera artificial en el interior del recinto, todo el mundo se vería obligado a circular con cascos del vacío.

Y a los auriculares de Marcel llegaban voces de todas clases, órdenes y gritos en terrible confusión. Un verdadero caos, en el que sería perder el tiempo tratar de informarse. Además, por muy aterrorizado que estuviera el personal de la penitenciaría, siempre resultaría sospechoso andar con preguntas acerca de lo qué había sido de Magnus Anderson.

En consecuencia, Marcel decidió obrar por su propia cuenta. La esfera seguía apareciendo de vez en cuando, y con sus chorros de fuego aumentaba la devastación y las víctimas. Marcel no tenía ahora la menor idea de lo qué había sido de los robots, a los que habían dejado también avanzar hacia los edificios mientras lo rociaban todo con su terrorífico «rayo de la muerte».

Se metió por unas ruinas, entre unos cadáveres a medio carbonizar, y poco a poco se fue encontrando en estancias menos afectadas por la hecatombe. No ignoraba que se exponía a que en el momento menos pensado los ocupantes de la esfera eligiesen aquella parte de la penitenciaría para destruirla, pero pensaba también que no estaba allí por gusto y que su deber le obligaba a seguir adelante.

Por fin, se encontró en uno de los pasillos que daban acceso a las celdas de los presos. Nada se había decidido aún acerca de éstos, que continuaban encerrados bajo la custodia de dos guardianes por pasillo, con orden de no moverse de allí, ocurriese lo que ocurriese. De todos modos, si la invasión se generalizaba, lo mismo importaría estar en los pasillos que en las celdas o en cualquier otra parte del planeta. Los invasores parecían dispuestos a no dejar con vida a ningún ser humano, a menos que fuesen aceptadas sus condiciones de rendición incondicional. Y esto sólo lo podía decidir el Gobierno Federal del Sistema.

Marcel avanzó por el pasillo, al tiempo que los dos guardianes le salían al encuentro con sus pistolas atómicas preparadas.

—¿Adónde va usted? ¡No se puede pasar por aquí!

—Supongo que me he confundido —contestó él—. Se ha derrumbado en parte una estancia en la que me encontraba y busco en vano la salida al exterior.

Hablaba al azar, para ganar tiempo, mientras su cerebro trabajaba a marchas forzadas buscando la manera de librarse de aquellos dos hombres.

—Se ha equivocado, entonces —dijo uno de los guardianes—. Pero ¿de dónde ha salido? Usted no forma parte del personal del establecimiento.

—No va a suponer que he llegado en esa nave en forma de bola que lo está destrozando todo.

—No supongo nada, pero tendremos que detenerle hasta que se aclaren las cosas.

¡Aquello era el colmo! ¡Querer aclarar algo en aquel caos, y que fuese precisamente su propia situación!

—¿No se dan cuenta —repuso, indignado— que dentro de unos minutos estaremos todos convertidos en carbón? ¿Qué quieren aclarar, si aquí no hay ya quien sea capaz de poner nada en orden?

El guardián iba a replicar, quizá con cierta contundencia, pero en aquel momento sucedió algo que se lo impidió. El fondo del pasillo se iluminó vivamente, al tiempo que se derrumbaba parte de la pared, mientras el resto quedaba volatilizado por los efectos del «rayo de la muerte».

Por instinto, Marcel se dejó caer al suelo, mientras su mano iba en busca de la pistola ultraperforadora que llevaba colgada del cinto. Se dejó llevar más por el subconsciente que por la reflexión pero, a pesar de todo, intuyó que si era un robot el que penetraba por el boquete abierto en el muro, caso de que él tuviera tiempo de actuar sacaría más provecho de la pistola ultraperforadora que de la atómica.

Los dos guardianes quisieron imitar a Marcel, en lo de arrojarse al suelo, pero no tuvieron tiempo. El robot penetró en efecto por el boquete, y su «rayo de la muerte» carbonizó a los dos infelices, casi al mismo tiempo que Marcel apretaba el gatillo de su arma.

Dos balas fueron a incrustarse en el «cerebro» del robot. El pequeño radar que había allí y que advertía la presencia del enemigo para que el robot pudiera disparar contra él, dejó de funcionar lo mismo que el resto del mecanismo que hacía mover al

muñeco mecánico. No cayó éste, como un hombre alcanzado en la cabeza, pero se quedó en pie, completamente inmovilizado. Menos espectacular, pero sin variación en el resultado.

El terrícola permaneció unos momentos en el suelo, con el dedo en el gatillo del arma, por si aparecía un segundo robot. Luego se levantó, avanzando a toda prisa hacia el que acababa de destruir. Los dos guardianes del pasillo, por desgracia, ya no necesitaban ayuda de ninguna clase.

Sin perder tiempo, Marcel se apoderó de la pistola lanzadora de «rayos de la muerte» que empuñaba el robot entre los garfios que le servían de dedos. Era, sin duda alguna, la primera arma de aquel tipo que conquistaba un habitante del Sistema Solar, y por ello precisamente, Marcel había empleado su pistola perforadora en vez de la atómica, que hubiese quizá volatilizado a robot y arma lanzarrayos.

La examinó brevemente, y se percató de que, para dispararla al menos, no había la menor complicación. El arma tenía un gatillo, lo mismo que otra cualquiera, y bastaría oprimirlo para que brotase el fatídico chorro de fuego. Marcel pensó que las que llevaban la esfera en forma de cañón debían de ser mucho más poderosas que aquélla portátil. Sin embargo, había visto como el robot acababa de destruir un muro con ella, abriendo un gran boquete, y esta comprobación le bastó.

Avanzó entonces por la galería, que nadie guardaba ya. Su aspecto carcelario era muy parecido al de las cárceles de otros tiempos. Rejas de hierro a ambos lados, tras las cuales estaban las celdas de los reclusos. A éstos se les habían suministrado cascos de vacío, pues la destrucción de la cúpula protectora había dejado sin atmósfera todo el recinto de la penitenciaría. Marcel iba viendo a los hombres, a medida que avanzaba por el pasillo, y a través de los cascos podía comprobar la enorme inquietud o declarado pánico que se manifestaba en los rostros de aquellos infelices.

Magnus Anderson había sido encerrado en una celda que en nada se diferenciaba de las demás. Estaba allí desde una hora antes que comenzara el ataque, y Marcel le vio sentado en su camastro en una actitud de absoluta indiferencia por cuanto pudiera suceder en torno suyo, contrastando grandemente con el aspecto de los demás.

Parecía como si todo lo que estaba ocurriendo no le pudiera

afectar en nada. Marcel le conocía, no personalmente, pero sí por las numerosas fotografías suyas que se habían publicado en los últimos meses. Lo contempló unos momentos, a través de la reja, sin que el otro pareciera darse cuenta. Daba la sensación de estar entregado a una de sus terribles lucubraciones, como si aún estuviera en libertad y pudiera dedicarse a sus proyectos de destruir a la humanidad a menos que se le entregase el mando supremo.

Luego, Marcel habló a través del micrófono de su casco de vacío:

—Voy a abrir la puerta de su celda, Magnus Anderson. Póngase a un lado, para que no le alcance el chorro de fuego.

Había tono de victoria en su voz. Victoria por haberse apoderado de la terrible arma enemiga, y por haber cumplido la primera parte de su objetivo: Apoderarse del «sabio diabólico».

Casi se olvidó de que le faltaba llevarlo a la Tierra y de que el Sistema Solar estaba siendo víctima, en aquellos momentos, del más peligroso ataque de que había sido objeto en su Historia.

CAPÍTULO IV



agnus Anderson salió de su abstracción. Era un hombre menudo, de unos sesenta años, completamente calvo y de mejillas hundidas. Pero sus ojos parecían despedir fuego cuando alzaba la cabeza para mirar a Marcel Deschamps.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Por qué me molesta?

—Quién soy, no importa ahora —contestó Marcel—. Lo único que conviene saber es que voy a sacarle de la celda. Póngase a un lado.

—¿Y por qué quieren cambiarme de celda? —Sin duda, Anderson tomaba a Marcel por uno de los carceleros—. Yo estoy bien aquí. No quiero moverme.

—No es cosa de que quiera usted o no —y por tercera vez, Marcel repitió—: Póngase a un lado.

Entonces, los ojos del sabio se fijaron en el arma que empuñaba el joven. Se puso en pie, casi de un salto, como si le hubiesen

pinchado con una aguja.

—¿De dónde ha sacado usted esa pistola? —preguntó, rápido.

Marcel se sintió más victorioso que nunca. Sonrió anchamente al contestar:

—Lo he fabricado yo, para mi uso privado.

Y apuntó a la reja de hierro.

—No pienso avisarle más —repuso.

El «sabio diabólico» se situó a toda prisa en el extremo opuesto al que se dirigía el cañón del arma, casi al mismo tiempo que brotaba de ésta el chorro de fuego. La reja se fundió y parte de la pared del fondo de la celda, alcanzada también por el «rayo de la muerte», quedó asimismo convertida en cenizas.

Desde otras celdas, mitad aterrados y mitad destrozados, otros presos habían contemplado lo que acababa de hacer Marcel. Multitud de voces de angustia resonaron en los auriculares de éste.

«¡Libérenos a nosotros también!». «¡Sáquenos de aquí!». «¡No nos deje perecer en esta hecatombe!».

El joven agente tuvo un momento de vacilación. Aquellos hombres estaban condenados a diversos años de encierro, pero no a muerte. No se les podía dejar allí, condenados a perecer en manos de los invasores o de sus robots. Pero tampoco él, Marcel, podía cargar con la responsabilidad de haber arrancado de la cárcel a hombres que habían cometido graves delitos, y que de otro modo no estarían en las penitenciarías de Plutón.

Mientras meditaba lo que se podría hacer con aquellos infelices, se produjo la intervención del segundo robot. Se anunció su llegada mediante la fusión de uno de los muros, que Marcel advirtió por el formidable resplandor que se produjo de pronto en aquella parte del edificio.

No esperó a que apareciese el hombre mecánico por el boquete. Dirigió su pistola hacia allí y apretó el gatillo con furor. El robot fue sorprendido cuando su radar no había localizado aún al enemigo contra el que había de actuar. El chorro de fuego de Marcel le alcanzó en mitad del pecho, y un segundo más tarde no quedaba del robot más que algunos pedazos de metal que no se habían acabado de quemar.

—Vamos —dijo entonces Marcel al sabio.

—¿Adónde? —preguntó éste, sin moverse.

—Adonde tengo orden de llevarle.

—¿Quién le ha dado a usted órdenes respecto a mí?

—Tengo orden de entregarle vivo o muerto —fue la única explicación de Marcel—. Elija lo que más lo convenga.

El sabio vio decisión en el rostro del joven agente. Temió que si ofrecía una resistencia demasiado rotunda el otro acabase por disparar. ¿Tenía valor; después de todo, una vida más o menos en aquellas circunstancias…?

Dio un paso hacia el exterior de la celda, para calmar al joven. Pero trató de ganar tiempo. Un tiempo que Marcel, al advertir la maniobra, no pudo comprender para qué lo quería.

—Necesito hablar cuanto antes con el director de la penitenciaría —dijo Anderson.

—Le aseguro que aunque quiera complacerle me sería imposible —contestó Marcel—. No tango la menor idea de dónde lo podríamos encontrar.

—Entonces, lléveme a un sitio donde pueda hablar con representantes autorizados del Gobierno federal.

Marcel se escamó.

—Tenga en cuenta —dijo—, que es usted quien ha de obedecer mis órdenes y no yo las suyas. Vamos ya.

Anderson avanzó otro paso. Estaban los dos en el pasillo, pero todavía frente a la destrozada celda.

—Oiga, joven —dijo entonces el sabio—; yo no sé qué pretende usted de mi ni quién le ha mandado que viniera a sacarme de esta celda. Pero es conveniente que se entere de algo. Estamos frente a una invasión de seres que no pertenecen a nuestro Sistema…

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Marcel, interrumpiéndole.

—Basta lo poco que se puede ver desde cualquiera de estas celdas —replicó Anderson—. Pero es que, además, he oído las conversaciones de los guardianes de la galería. No olvide que llevamos casco de vacío con auriculares.

—Bien, ¿y qué?

—El Sistema Solar ha de elegir entre la defensa efectiva o la rendición incondicional. No sé cómo andarán las cosas por ahí fuera, pero todo hace suponer que la defensa hasta ahora no ha dado demasiados resultados. ¡El Gobierno federal necesita al hombre que lo pueda sacar del apuro en que se encuentra! ¡Al

hombre que pueda salvar a la humanidad entera de la catástrofe cuyo prólogo estamos presenciando en Plumón! ¿Y sabe usted quién es ese hombre, joven?

—Yo sólo sé que tengo orden de sacarle de aquí o, sí lo he de dejar, ha de ser en unas condiciones muy poco agradables para usted, Anderson. Es mejor que me siga.

—¿Se atrevería usted a disparar contra el único hombre que pueda salvar de la muerte a todos los habitantes del Sistema?

—¿Me sigue o disparo, Anderson? Preguntó a su vez Marcel.

Y entonces apareció el tercer robot. Lo hizo penetrando por la pared del fondo de una de las celdas, que se volatilizó como las anteriores, muriendo al mismo tiempo el infeliz recluso que la habitaba.

Pero Marcel estaba alerta y no se dejó sorprender. Sabía que los robots desembarcados eran tres y, sin que se explicara claramente el motivo, tenía la intuición de que el objetivo al desembarcar a aquellos tres hombres mecánicos había sido apoderarse de Anderson para llevarlo sin duda a la nave en forma de esfera que tripulaban los invasores.

¡Y Anderson obraba como si deseara ser capturado por ellos! Pese a su demanda de hablar con representantes del Gobierno Federal, hasta aquel momento no había hecho otra cosa más que perder tiempo para que llegase el tercer robot. O, por lo menos, así lo había parecido.

Pero el último de los hombres mecánicos tuvo el mismo fin que sus dos compañeros. Marcel había sabido conquistar un arma de valor inapreciable y la usó adecuadamente, antes que el robot pudiera acabar con él.

—¡Es la última vez que le invito a que me siga, Anderson! —gritó, después de haber volatilizado a su nuevo enemigo.

—Está bien —contestó el sabio—. Quizá luego sus propios superiores le pidan cuentas por no haberme hecho caso.

Se pusieron en marcha sin que Marcel hiciera caso a las súplicas de los demás presos, que seguían clamando porque les sacaran de sus encierros. En definitiva, pensó, tan expuestos estaban a morir allí como en otra parte. Y si quedaba con vida algún funcionario de la penitenciaria cuando todo terminase, ya se haría cargo de ellos.

Avanzó sin ningún plan demasiado concreto. Le hubiera gustado

ponerse en contacto con Hillary, su jefe, para saber cuáles eran sus instrucciones, dada la nueva situación. Pero para ello necesitaba una emisora con suficiente potencia para comunicar con la Tierra, y sólo la tendría en el caso de que se pudiera apoderar de una nave.

Pero ¿quedaban naves en Plutón? ¿Quedaban hombres siquiera? Le extrañaba el abandono en que había quedado aquella galería, después de la muerte de sus dos guardianes. Nadie había comparecido por allí. Nadie se había presentado a dar órdenes o, ni por curiosidad, a ver qué habían hecho los tres robots al tomar aquella dirección. Sin embargo, era cosa que hubiera interesado.

Salieron a uno de los patios exteriores. Allí la devastación era grande, pero no se veía ningún ser humano. Plutón parecía haber sido abandonado o, lo que era más terrible, parecía que todos sus habitantes habían dejado de existir.

Frente a los dos hombres se veían los restos de lo que había sido torre de mandos de la penitenciaría, Marcel se volvió hacia Anderson, y dijo:

—Vamos a ver si por casualidad funciona alguna de las emisoras.

Su compañero no contestó, pero fue con él. Anderson se había dado cuenta ya de la inutilidad de sus protestas y aceptaba, ahora sin discutir, las órdenes del joven agente.

Encontraron la sala de mandos casi completamente destruida. La gran emisora, alcanzada de pleno por el «rayo de la muerte», había sido convertida en cenizas. Otras, secundarias, pero lo bastante potentes para poder comunicar con la Tierra, habían seguido el mismo camino. Sólo una, situada en un ángulo no alcanzado por el chorro de fuego, parecía estar en buen estado de funcionamiento.

—Trataré de hablar con la Tierra con ésta —dijo Marcel—. Usted sitúese delante de mí, de forma que le pueda ver mientras hablo.

El rostro de Anderson se iluminó.

—Si consigue comunicación con la Tierra, recuerde lo que le he dicho antes, joven —contestó—. Le conviene a usted tanto como a los demás. ¿O supone que se salvará si todos perecen?

—No supongo nada. Quédese aquí. No me conviene que vea a la persona con quien voy a hablar.

—Pero, no sea loco, muchacho…

—¡Cállese, Anderson!

Los dedos de Marcel manipulaban ya en los mandos de la emisora. Señaló la onda conveniente para que su llamada fuese a parar sólo al sitio que él deseaba, y al cabo de unos segundos apareció en la pantalla un rostro descompuesto, que sin necesidad de hablar indicaba ya que en la Tierra se estaba perfectamente al corriente de lo que ocurría en el lejano Plutón.

Marcel habló, pero empleando un raro lenguaje de letras y cifras del que Anderson no podía descifrar nada. Previamente, había conectado el micro de la emisora con el de su propio casco del vacío.

Su conversación, traducida al lenguaje corriente, fue:

—¡Hola, Lewis! Necesito hablar con el jefe a toda prisa.

—¿Eres tú, Deschamps? ¿Luego, estás vivo?

—¡Hombre! No vas a suponer que te habla mi fantasma.

—Las noticias que han llegado aquí son de que en Plutón no queda nadie con vida.

—Todavía quedo yo… y otras personas. Pero deseo comunicar con el jefe a toda prisa.

—Tal vez ignoras que en la Tierra se han producido también algunos ataques.

—¿Qué? Desde luego, no lo sabía. ¿Muchas víctimas?

—No se sabe aún. Reina un terrible desbarajuste. Venus, Marte y Júpiter han sido atacados también. Parece que en pequeña escala, como si los invasores sólo quisieran de momento efectuar algunas demostraciones de poder. Pero ha bastado para que el pánico cundiera por lo grande.

—Me lo figuro. Pero ponme con el jefe. ¡Aprisa, Lewis!

Mientras esperaba, Marcel pensó en lo que acababa de decirle su compañero desde la Tierra. La gravedad de la situación estaba aumentando por momentos, aunque no era de extrañar si el enemigo se había propuesto conquistar el Sistema entero.

Y lo mis terrible, siguió pensando Marcel, era que la conquista se realizaría con un mínimo de elementos. Bastaba una sola nave como la que él había visto para realizar el ataque casi simultáneo en numerosos puntos, por distantes que estuviesen el uno del otro. La esfera podía descargar su chorro de mortífero fuego sobre Plutón y, al segundo siguiente, gracias a su velocidad de desplazamiento

superior a la de la luz, atacar Venus o Mercurio para volver a Plutón otro segundo más tarde.

La aparición de Hillary en la pantalla lo sacó de sus reflexiones. El rostro del jefe denotaba preocupación, pero mayor serenidad que la expresada por Lewis.

—¿Qué hay, Deschamps? —preguntó—. Me han dicho que hasta ahora había podido escapar a la hecatombe de Plutón.

El lenguaje seguía siendo cifrado.

—Sí, señor —contestó Marcel—. He tenido esa suerte.

—¿Dispone de medios para regresar?

—No lo sé, señor. Esto ha quedado convertido en un cementerio. Pero es posible que no todas las naves estén destruidas, lo mismo que no lo están todas las emisoras, como puede ver.

—Bien, si puede, regrese inmediatamente.

—Con Anderson, supongo, ¿no?

—¿Con Anderson? —exclamó Hillary—. ¿Quiere decir que lo ha encontrado?

—Era mi misión buscarle y apoderarme de él, ¿no es cierto, señor? Y hasta la fecha, nunca he dejado ninguna de mis misiones por cumplir.

—¿De modo que tiene a Anderson? —repitió todavía Hillary.

—Está aquí, delante mí, mirándome intrigado. Supongo que su privilegiado cerebro trabaja a marchas forzadas para tratar de descifrar nuestra conversación.

—¡Pues tráigalo, Deschamps! ¡Tráigalo lo antes posible! Lo entregaremos al Gobierno Federal. ¡No sabe usted la suerte que ha tenido! Se ha tratado en vano de comunicar con Plutón, para ordenar que Anderson fuese enviado a la Tierra a toda prisa. Pero después de las primeras noticias, dando cuenta de lo que estaba sucediendo allí, no ha habido manera de establecer nuevo contacto. Hemos supuesto que habían perecido todos, como en las bases militares.

—Temo que muy poco debe faltar para ello —dijo Marcel—. No me hago ilusiones de que viva mucha gente. Pero sé seguro que vive Anderson, y si encuentro una nave, dentro de pocas horas lo tendrán ustedes en la Tierra. ¿Adónde lo he de llevar?

—Recibirá instrucciones por el camino. Ahora, ni yo mismo se lo podría decir, Deschamps. He de hablar con el Departamento del

Interior, para que éste a su vez se ponga en contacto con el Gobierno Federal. Pero será cosa de minutos. Todos los organismos de gobierno, así como el Ejército y Policía, están en servicio permanente de alerta.

—Bien, señor. Si tengo la suerte de encontrar una nave, me pondré en camino al momento.

—Y si no, vuelva a llamar y mandaremos una a buscarle. Se perderá más tiempo, pero es mejor eso que no tener nunca a Anderson. Estaré cerca, para atender en seguida a su llamada. Suerte, Deschamps.

—Gracias, señor. Recibirá noticias mías. Marcel cortó la comunicación, desconectó los micrófonos, y dirigiéndose a Anderson le dijo escuetamente. —Vamos.

—¿Ha hablado de mí? —preguntó el sabio.

—He hablado de lo que he creído conveniente. Vamos.

—Pero, ya le he dicho.

Marcel preguntó:

—¿Tendré que llevarle sobre mis hombros, Anderson?

El sabio le siguió sin pronunciar otra palabra. Abandonaron los restos de la torre de mandos y salieron al mismo patio de antes, sólo que ahora lo encontraron algo menos desierto que en el momento de entrar. Por las ruinas de los edificios derribados, avanzaba una mujer empuñando una pistola atómica. Marcel la reconoció al momento.

—¿Es usted, Gina?

Ella les miró a los dos. Marcel supuso que había reconocido a Anderson, porque le vio hacer una mueca de sorpresa. Sin embargo, la italo-marciana tardó muy poco en reponerse. Procurando dar a su voz la mayor naturalidad, contestó:

—En efecto. Y… veo que usted no está solo, Deschamps.

—En circunstancias como la que nos encontramos hay que salvar a quien se puede, ¿no le parece?

—¿Se considera usted autorizado para llevarse a Magnus Anderson de Plutón? —No pudo menos que preguntar ella.

—No estoy muy seguro de podérmelo llevar, la verdad —dijo Marcel, vagamente—. Pero la celda que ocupaba ha quedado destruida. Siempre es mejor tenerlo bajo mi custodia que dejarlo libre por ahí.

A pesar de que se hablaba de él, Anderson no intervino para nada Quizá quería pagar con su desprecio el tono irónico con que Marcel comentaba los acontecimientos que se referían a él.

Fue el joven quien volvió a hacer uso de la palabra.

—¿Y usted, Gina? ¿Tiene algún medio de salir de aquí? Aunque temo que dentro de muy poco será lo mismo estar en Plutón que en cualquier otro astro del Sistema.

—Yo… estoy buscando el medio de escapar —contestó la muchacha—. Recorro esto por si encuentro alguna nave abandonada. Quizá los invasores no las han destruido todas.

—¿Y sus acompañantes?

—He perdido contacto con ellos. Han huido cuando desde la esfera empezaban a destruir un edificio en el que nos habíamos refugiado, y no los he visto más.

—¿Y no sabe qué se ha hecho del personal de la penitenciaría? ¿Han muerto todos?

—He oído una orden llamando a todos los supervivientes a determinado subterráneo, para proceder a su evacuación. Pero yo no conozco esto y no sé dónde está ese subterráneo. No he podido ir.

—¡Hum! —dijo Marcel—. Tendremos que buscarlo. Ha muerto mucha gente y es bastante posible que los que se vayan no se lleven todas las naves. ¿Quiere unirse a nosotros, Gina?

—Es lo mejor que puedo hacer. Gracias.

Avanzaron los tres por el patio, hacia el lado opuesto al ala donde estaba la celda de Anderson. Era la parte de la penitenciaría más destruida, pero precisamente la que Marcel no había reconocido aún.

—Tiene idea del sitio donde aterrizaron al llegar aquí. ¿Anderson? —le preguntó el joven.

—No tengo idea de nada. Me lleva usted por la fuerza, pues averigüe lo que necesite.

—Yo pensé que lo había salvado —intervino Gina, con burla.

—Ya le he dicho que lo he tomado bajo mi custodia —contestó Marcel, con mal humor—. Pero dejemos esto. No es momento de discusiones tontas.

Se habían metido por los restos de uno de los edificios, para pasar al patio situado al otro lado. Estaban aún entre piedras que no

se habían quemado del todo, cuando Gina, señalando al cielo, exclamó:

—¡Miren! ¡La esfera!

Al momento quedó olvidado todo el antagonismo que había entre ellos. Los tres miraron al punto del espacio señalado por Gina y vieron, en efecto, la esfera que parecía haberse detenido allí.

Era una situación nueva hasta entonces. La nave enemiga se había presentado siempre de un modo fugaz, con muestras de enorme dinamismo. Y ahora estaba completamente detenida, a pocos centenares de metros del suelo, como si de pronto hubiese perdido sus grandes posibilidades de navegación.

Pronto comprendieron por qué ocurría aquello. Desde donde estaban, entre las ruinas del edificio, Marcel y sus acompañantes no habían podido ver las tres naves que acababan de subir a la superficie de Plutón, elevadas del subsuelo mediante un poderoso montacargas.

Eran las naves con las que el personal de la penitenciaría iba a proceder a la evacuación del planeta. Marcel y sus acompañantes no las podían ver, pero desde la esfera la cosa era distinta. Y como desde la superficie les fugitivos no pedían bombardear, el enemigo se había permitido el lujo de detenerse para destruir las tres naves a placer.

Era tarde ya para que el personal que las ocupaba, pudiera abandonarlas. El «rayo de la muerte» brotó de pronto de la popa de la esfera, y naves y hombres quedaron destruidos en breves segundos.

Marcel y sus acompañantes sólo vieron el chorro de fuego, pero les bastó para adivinar lo demás. El joven no pudo contener su indignación y, repentinamente, alzando la pistola que empuñaba y apretando el gatillo, exclamó:

—¡Bandidos! ¡No se dirá que vuestra conquista del Sistema Solar, si la, realizáis, no se ha efectuado sin ninguna baja!

De haber disparado con una pistola atómica, Marcel apenas si hubiese conseguido algo más que abrir unos boquetes en el metal exterior de la esfera. La potencia de las balas atómicas, no siendo torpedos o granadas de artillería, era naturalmente limitada. Pero el «rayo de la muerte» era algo distinto. Aunque inferior en potencia al que brotaba de los cañones de la nave, empezó a derretir el metal

envolvente y por el agujero abierto pasó al interior.

Marcel mantuvo apretado el gatillo del arma, de modo que los rayos se sucedían unos a otros vertiginosamente, como los dispares de una metralleta. Y la nave acusó el inesperado ataque.

Se empezó a mover, en dirección al suelo, y no se tardó en comprobar que caía atraída por la gravedad de Plutón. La vieron chocar violentamente contra el suelo del patio y Marcel, sin mirar si era seguido o no, echó a correr en aquella dirección.

—¡He conquistado el primer «rayo de la muerte» y he batido la primera nave enemiga! —grito loco de satisfacción—. ¡Ahora veremos qué forma tienen los seres que la ocupan!

Se volvió entonces, para mirar atrás. Gina y Anderson seguían, con menos entusiasmo y procurando reprimir la sensación que había causado en cada uno de ellos aquella proeza de Marcel.

Éste siguió entonces avanzando en dirección a la nave teniéndola siempre apuntada con su pistola. Se detuvo al llegar a pocos pasos de la misma, fuera del ángulo de tiro de sus cañones. Esperó que Gina y Anderson llegasen a su lado y entonces, a través del micrófono de su casco del vacío, gritó:

—¡Les concedo un minuto para que abran la compuerta de la nave! ¡Pasado ese tiempo, lo haré yo empleando la pistola del «rayo de la muerte»! ¡No creo que les convenga!

Nadie contestó a sus palabras. Tampoco volvió él a hablar. Dejó transcurrir un minuto, pasado el cual, apuntó fríamente al costado de la esfera y oprimió el disparador.

El chorro de fuego empezó a fundir metal, y por lo tanto a abrir boquetes en el flanco de la nave. Cuando Marcel juzgó que había abierto lo suficiente para poder pasar al interior, dejó de hacer funcionar el arma.

—¿Va usted a entrar? —preguntó Gina, no demasiado convencida.

—Con esa intención lo he hecho.

—Pero pueden esperarle dentro, con las armas preparadas. Sería mejor que les obligara a salir.

—Temo que si no han contestado antes ha sido porque estaban imposibilitados para hacerlo —dijo Marcel—. De todos modos, no se preocupe. Si acaban conmigo, se librará usted de un antagonista no siempre agradable.

—¡Puede destruir la esfera por completo, Deschamps! ¡Sería menos peligroso!

—Pero si lo hiciera, no sabría con qué clase de seres nos las tenemos que haber. Y siento una curiosidad irresistible por conocerlos.

Y tras aquellas palabras, avanzó hacia la nave para pasar por el boquete que había abierto.

CAPÍTULO V

adie le atacó, una vez dentro. Avanzó con la pistola preparada para toda eventualidad, comprobando al mismo tiempo que la estructura interna de la esfera no se diferenciaba en nada a la de las naves del Sistema. Fue un detalle que le decepcionó. Pudo calcular también que la estatura de aquellos seres extrasolares era más o menos la misma que la de los humanos, dadas las proporciones de todo lo que iba viendo.

Momentos después, entraba en la cabina de mandos de la esfera. Lo primero que vio allí fue un robot, que se había quedado sin movimiento a causa del choque o por algún otro motivo que Marcel desconocía.

No esperó saberlo; un disparo de su arma, lanzarrayos impidió definitivamente que el hombre mecánico recuperase el movimiento. Luego, toda su atención se dirigió al otro hombre: Al que yacía al parecer sin sentido sobre el suelo de la cabina, al pie del cuadro de mandos.

Lo miró y se quedó decepcionado. Si esperaba ver a un extraño monstruo de formas de pesadilla, como la imaginación de sus conciudadanos había dibujado a los seres que habitaban lejanas Galaxias, el fracaso no podía ser más completo. La persona que yacía en el suelo era un hombre. Un ser humano, en todo parecido a los terrícolas y demás habitantes actuales de los planetas del Sistema.

Tras un breve examen, Marcel pudo comprobar que se había desvanecido a consecuencia del choque de la nave contra el suelo. Pero pudo apreciar que no tenía ninguna herida en su cuerpo. Los rayos lanzados por él para averiar la nave primero y para abrirse paso a través de la misma después, habían seguido otra dirección sin alcanzar a aquel individuo.

—Gina… Anderson… —dijo, a través del micrófono de su casco —. ¿Me oyen? Pueden entrar en la nave. Supongo que les interesará hacerlo, incluso a usted, Anderson. No hay peligro.

Mientras esperaba, trató de reanimar al desvanecido. No llevaba éste casco del vacío. La cabina no había sido perforada por los rayos y como su puerta ajustaba herméticamente, no había perdido la atmósfera artificial, salvo durante los breves segundos que Marcel la había tenido abierta para entrar. Comprobó que los renovadores de oxígeno funcionaban, de modo que la poca atmosfera perdida se había recuperado ya. Era otro detalle en el que la esfera se asemejaba por completo a las naves del Sistema.

También había allí un botiquín de urgencia. Marcel hizo uso del mismo, aplicando unas gotas de cordial a los labios del desvanecido personaje, y cuando Gina y Anderson penetraron en la cabina el hombre se había recuperado ya y Marcel se estaba quitando el casco para poder hablar con él.

Observó más sorpresa en Gina que en Anderson al encontrarse los dos ante el hombre de la esfera. Una sorpresa al revés, ya que como él, sin duda esperaban encontrar a algún ser monstruoso y no a un hombre de su misma raza o que al menos tanto se le pareciera.

Les hizo una seña para que se quitaran los cascos y empezó a interrogar al desconocido.

—¿Quién es usted? ¿De qué lejano mundo procede?

—Mi nombre es Hans Sauer y soy neptuniano —contestó el hombre—. Soy súbdito de la Federación Solar.

—¿Qué? ¿Quiere decir que esta nave ha sido construida en algún lugar del Sistema? ¿Quiere decir que hay en el mismo alguien que ha descubierto un medio de velocidad superior a la luz?

—Yo no quiero decir esto —protestó Sauer—. Me he dado simplemente a conocer.

—Pero ¿cómo es que pilotaba usted la nave?

El descendiente de alemanes señaló los pocos restos que habían quedado del robot.

—No era yo quien lo pilotaba, sino «ése».

—¡Oiga, amigo! —exclamó Marcel, que ya empezaba a amoscarse—. ¿Quiere decir de una vez qué hacía usted aquí?

—Estaba en calidad de prisionero. Me capturaron en Neptuno, derribando antes el helicóptero monoplaza que yo conducía.

La explicación no resultaba demasiado convincente. Marcel miró a Sauer con el ceño fruncido, mientras éste continuaba:

—Volaba yo hacia las minas de uranio, donde trabajo como capataz, cuando observé la presencia en el espacio de esta extraña nave. Me llamó la atención, ya que no se parece a ninguno de los modelos conocidos en nuestro Sistema. Efectué una llamada por radio, pero por toda respuesta recibí un chorro de fuego, ahora sé que a la mínima potencia, pero que bastó para inutilizar mis motores y obligarme a aterrizar. Lo mismo que ustedes han hecho ahora con la propia nave.

—¿Y entonces le capturaron? —preguntó Marcel.

—Sí. Supongo que fue para que no divulgara la noticia de que les había visto. Lo cierto es que después de todo se portaron bien conmigo. Podían haberme matado.

Marcel exclamó:

—Total, que aún les ha de estar agradecido.

—No se burle. ¿Qué hubiera hecho usted en mi caso?

—Le aseguro que no tengo la menor idea —dijo Marcel—. Pero, bueno, ¿dónde están esos tipos?

—¿Qué tipos? —preguntó Sauer.

—Los que le capturaron. Los seres de esa lejana Galaxia. Los dueños de la nave.

—Yo no he visto a ninguno. A mí me capturaron los robots.

—¿Eh? ¿Quiere decir que…?

Marcel se interrumpió para prestar atención a la puerta de la

cabina. Alguien se disponía a entrar. Preparó su pistola lanzarrayos, dispuesto a emplearla si era necesario, pero al abrirse la puerta reconoció a uno los ayudantes de Gina. Detrás de aquél entraron los otros dos.

—¿No los había perdido, Gina? —preguntó, mientras los tres hombres se quitaban los cascos.

—Sí. ¿Lo duda acaso? Después de lo que ha sucedido aquí se pierde cualquiera. Pero supongo que ellos sabrán explicarse.

No fue necesario proceder a ningún interrogatorio. Cuando se hubieron quitado los cascos, uno de los tres habló inmediatamente:

—Quizás hemos cometido una indiscreción, pero queríamos reunirnos de nuevo con usted, Gina. Al ser destruido aquel edificio tuvimos idea de que usted había corrido en una dirección determinada, pero por lo visto no fue así. Lo lamentamos. Ahora la hemos visto en el momento en que entraba en esta nave. Hemos esperado un poco, pero viendo que no salía hemos decidido seguirla.

Gina miró a Marcel.

—¿Tiene usted algo que objetar, Deschamps? —dijo—. Es usted quien ha conquistado la nave y hemos de admitirle el derecho de permitir la entrada en ella a quien le parezca.

—No hay inconveniente en que se queden —contestó Marcel—. Vamos a continuar con el interrogatorio de ese individuo y creo que cuantos más testigos lo presencien, mejor.

Y entonces Marcel cometió un fallo, dejándose llevar por el exceso de confianza. Su pistola lanzarrayos, que hasta aquel momento había estado encañonando a los tres recién llegados, se abatió para mirar al suelo. El propio Marcel se volvió hacia Hans Sauer para formularle nuevas preguntas. Los tres marcianos, obedeciendo a una seña casi imperceptible que les hizo Gina, se lanzaron simultáneamente sobre él.

Fue algo rápido e inesperado. Cuando Marcel quiso reaccionar era ya tarde, porque dos de sus enemigos le estaban agarrotando fuertemente los brazos, mientras que el tercero se apoderaba de sus armas.

Al verse apuntado por la pistola lanzarrayos que no había podido defender, Marcel puso fin a su resistencia. Sus ojos despedían fuego al mirar a Gina, su rival victoriosa.

—Y bien —dijo—. ¿Qué se ha propuesto?

—Más o menos, lo mismo que usted —contestó ella, con una sonrisa—: Apoderarme de Magnus Anderson. ¿Tiene algo que objetar?

—Nada, salvo que he sido un perfecto idiota. No debí haberme fiado de usted ni de sus tres podencos.

—Es tarde ya para lamentaciones, Deschamps. Consuélese pensando que otras pugnas las ha ganado usted. Y piense que algún día tenía que ser el de mi desquito.

—Soy de los que pierden batallas, pero ganan guerras —dijo Marcel—. Ésta todavía no se ha decidido.

—Puede darla por concluida, Deschamps. Con mi victoria.

—Tiene que salir de Plutón y no veo cómo se las arreglará.

—Yo sí que lo veo. Antes le omití algunos detalles, por ejemplo, que sé dónde está el subterráneo de las naves y que han quedado algunas que no han sido utilizadas por nadie. Ahora que usted me ha allanado el camino, al tumbar a la única que nos podía fastidiar, el regreso a Marte será fácil.

—De modo que lo tenía todo planeado, ¿eh?

—Sí, Deschamps. He actuado siempre de acuerdo con mis ayudantes. Le he visto acompañado de Anderson y he necesitado actuar a toda prisa para arrebatárselo. Nuestro encuentro no ha sido casual, sino premeditado. Necesitaba una ocasión y no he parado hasta encontrarla, por fin. Mis auxiliares han obrado de acuerdo con las instrucciones recibidas anticipadamente.

Marcel preguntó:

—¿Sabía usted que iba yo a abatir la nave enemiga?

—No, pero como mis auxiliares estaban al acecho, ha bastado una sencilla indicación para que interviniesen. No son tontos del todo y me han comprendido. ¿Queda satisfecha su curiosidad, Deschamps?

—Hasta el grado máximo. Otra vez procuraré que no sea sorprendida mi buena fe.

—En la guerra todos los recursos son lícitos —dijo Gina. Y volviéndose hacia el hombre que apuntaba a Marcel añadió—: Acabemos ya.

El hombre dio un par de pasos, pistola en mano, y sin que Marcel pudiese hacer nada por impedirlo, porque los otros dos

continuaban teniéndole sujeto por los brazos, le descargó un fuerte culatazo detrás de la oreja.

Marcel cayó como un buey apuntillado.

—Tiene sueño para rato —dijo Gina—. Y ahora vámonos pronto. La nave nos espera.

Anderson, que había continuado con su sistema de no decir nada aunque se discutiera su propia suerte, quiso esta vez hacer oposición.

—Supongo que contará con mi consentimiento, señorita —dijo —. Yo acepto mi encierro en Plutón, pero ninguno otro fuera de la ley.

—¿Sí? Me deja usted pasmada, Anderson. ¿Desde cuándo es usted un hombre tan adicto a la ley? —Y mirando a sus auxiliares, repuso—: ¡Todos a la nave, incluido ese individuo que estaba aquí! ¡Si alguien se niega a seguir, ya sabéis cómo hay que llevarlo!

Era inútil oponerse. Anderson lo comprendió así y no volvió a pronunciar palabra. Su protesta había tenido mucho de formularia.

Y un minuto más tarde, en el interior de la esfera no quedaba más que el desvanecido Marcel Deschamps.

* * *

Cuando despertó estaba en el mismo sitio. Pero ahora un compañero del Servicio Secreto le tenía incorporarlo con una mano, mientras que con la otra le daba a beber de una cantimplora. Marcel abrió los ojos y le reconoció al momento.

—¡Nick Davis! ¿Tú?

—Sí, muchacho. El «viejo» estaba muy impaciente y me dio orden de ponerme en camino apenas hubo terminado de hablar contigo.

—Quedamos que le llamaría yo…

—No ha querido esperar, después de saber que te habías apoderado de Anderson.

—Pues… tendrá que esperar de todos modos. Porque ya no lo tengo, Davis.

—¿Qué?

En pocas palabras Marcel le puso al corriente de lo sucedido desde que había terminado su conversación con Hillary.

—Ya ves —dijo para concluir—. Me he dejado coger como un novato. Esto prueba que nunca se tiene bastante experiencia.

—¿Y cómo vas a presentarte ante el «viejo»?

—De ningún modo, muchacho. Yo soy de los que triunfan o perecen. Me he dejado birlar a Anderson, pero volveré a hacerme con él. Supongo que no habrás dejado lejos tu nave.

—Está aquí mismo —confirmó Davis—. Al echar un vistazo sobre las ruinas de la penitenciaría, antes de aterrizar, he visto la esfera en el suelo y no he podido resistir a la tentación de efectuar un reconocimiento por su interior. Gracias a esto te he encontrado. Ha sido algo así como una corazonada.

Marcel acabó de ponerse en pie, bebió un último trago de licor y devolviendo la cantimplora a su amigo dijo:

—No sé el tiempo que habré estado aquí, durmiendo como un imbécil, mientras Gina Montese volaba en dirección a Marte. Seguro que os habréis cruzado por el camino.

—Me he cruzado con tantas naves…

—Pues en una de ellas iba Anderson, muchacho. Y le alcanzaremos donde sea, o me paso el resto de mi vida recorriendo el Sistema Solar de un extremo a otro.

—Y yo contigo, puesto que me he unido a la aventura. Vamos, Marcel.

—Supongo que todo seguirá igual y no te habrán puesto inconvenientes para el aterrizaje en Plutón.

—Ninguno. Se ven algunos policías, pero tienen otro trabajo que el de controlar a las naves que entran o salen.

—Entonces, esos infelices presos no quedarán del todo desamparados. Podemos irnos.

Minutos más tarde los dos amigos abandonaban Plutón a bordo de la astronave de Dick Davis.

—Esperaba encontrar dificultades, pero de ningún modo podía prever la catástrofe de que he tenido que ser testigo —dijo Marcel, echando una mirada al planeta desde la cabina de mandos.

—¿Qué rumbo quieres que ponga? —preguntó Davis—. Como es natural, te reconozco como jefe de la expedición.

—Es un modo elegante de decirme que toda la responsabilidad será para mí. Bien, pon rumbo a Marte.

—Marte es bastante grande, ¿no? ¿Tienes idea del sitio exacto

adonde habrán llevado a Anderson?

—Ni por asomo. Pero sé dónde vire Gina Montese. Por el hilo sacaremos el ovillo.

—No suponía que vuestras relaciones hubiesen llegado a este punto, muchacho. ¿La has acompañado alguna vez?

—Se trata de información puramente profesional —replicó Marcel algo amoscado—. Claro que si no se empeñase en llevarme siempre la contraria…

—De eso tú tienes la culpa. ¿Por qué no la dejas obrar siempre a su antojo?

—Y tú, ¿quieres que te arroje fuera de la nave?

—¡Hombre! Tendría gracia que los huéspedes me echaran de casa.

—Me has reconocido como jefe, no lo olvides.

—Trata de expulsarme y verás cómo me sublevo —repuso Davis.

El diálogo, más o menos punzante, continuó durante algún tiempo, mientras la nave, puesta a la máxima velocidad, dejaba atrás Neptuno, Urano y Saturno. Pero cuando se acercaban a Júpiter, de pronto, señalando la pantalla del radar, Davis exclamó:

—¡Mira, Deschamps! ¡La esfera otra vez!

—¿Eh?

—Supongo que no será la misma que has abatido tú, claro, pero esto demuestra que hay por lo menos otra en circulación.

La esfera estaba allí, en efecto, pero esta vez sin sus habituales apariciones y desapariciones a intervalos. Se la veía a proa de la nave que tripulaban los dos amigos, a bastante distancia aún, pero fija, lo cual daba a entender que volaba a una velocidad igual o inferior a la de la luz.

—Y hay algo más, Davis —dijo Marcel—. Otra nave, al fondo, que apenas se puede mover.

—Es cierto. Parece que huye de la esfera. Se advierte claramente la persecución.

—La alcanzará cuando quiera, si se lo propone. La bastará dar un salto…

—¿Qué hacemos?

—Correr también nosotros hacia allí. Siento haber perdido mi pistola lanzarrayos, pero si la suerte no nos abandona podremos apoderarnos de otras lo mismo que me apoderé de aquélla.

Davis había modificado ya el rumbo de la nave, haciéndole tomar la dirección de las otras dos. Marcel seguía atento a la pantalla de radar.

—Es curioso —dijo de pronto.

—¿El qué, muchacho?

—¿No te das cuenta? Los tipos que tripulan las esferal no han vacilado en carbonizar hombres, naves y ciudades a mansalva y ahora, en cambio, parece que no se atreven a disparar sobre ésos a quienes persiguen. Como si de pronto se hubiesen vuelto buenos chicos.

—¿Qué sacas en limpio de todo eso, Deschamps?

—Sólo una cosa. Que no les interesa dar muerte a alguien que va en esa nave a la que persiguen. Me gustaría saber quién es.

—Lo sabremos si manifiestan hacia nosotros el mismo interés de dejarnos vivir.

—De momento no nos acercaremos demasiado, limitándonos a observar las evoluciones de ambas naves —dijo Marcel—. Evitaremos al mismo tiempo ser atacados.

En seguida se dieron cuenta de que la esfera pretendía acorralar a la otra nave contra la superficie de Júpiter. Acortaba poco a poco la distancia que las separaba a ambas, llegando incluso algunas veces a superar la velocidad de la luz, con lo que efectuaba breves desapariciones. Pero con sus movimientos, corriendo de un lado a otro, impedía que la nave del Sistema Solar se pudiese abrir camino hacia el espacio libre.

—Yo, en su lugar, lanzaría un torpedo o soltarla un cañonazo —murmuró Marcel, viendo los apuros de la nave, a la que consideraba como propia.

—Con lo cual conseguirías que los otros te soltaran un chorro de su fatídico fuego.

—¡Hum! Cuando se empeñan en respetar algo, lo hacen por encima de todo. Tengo la experiencia de lo que hicieron en la penitenciaría. La destruyeron toda, salvo el ala donde estaba la celda de Anderson.

—¿Quieres decir que tienen interés en salvaguardar la vida de Anderson?

—Estoy convencido de ello.

—¿Y con qué fin?

—No puedo contestar a esto —dijo Marcel—. Quizá necesitan un sabio de su talla. Aunque… no comprendo para qué, sí poseen unas naves cuya velocidad supera a la de la luz, y esos «rayos de la muerte» que lo funden todo. ¡Pero, mira!

—¿Qué?

—¿No te das cuenta? Ahora que estamos más cerca, se puede apreciar mejor. ¡Esa nave a la que persigue la esfera pertenece a la Policía Federal y es de la matrícula de Plutón!

—Son muchas las naves que han huido de Plutón —dijo Davis—. No tiene nada de particular que…

—¡Pero hemos quedado que sólo había un hombre cuya vida se empeñaban en respetar esos seres extrasolares, Davis! —le interrumpió Marcel—. ¡Y ese hombre es Anderson! ¿No empiezas a atar cabos?

—¿Quieres decir…?

—No puede estar más claro, Davis. Que Anderson está en esa nave. ¡Que nos lo hemos encontrado de pronto, casi metido en el bolsillo!

—¿Sí? —dijo Davis con ironía—. No había caído en ello. Y lo sencillo que es. No tenemos más que derribar la esfera y alargar luego un poco la mano para agarrar a Anderson por los cabellos.

—¡Pon la nave a toda velocidad, Davis! —ordenó Marcel, sin hacerle caso.

—¿Y qué pasará si nos sueltan una andanada de sus «rayos de la muerte»?

—Aparentemente, no llevamos intenciones agresivas. Somos una nave que se dirige a Júpiter, como tantas otras, y no es seguro que se metan con nosotros.

Davis no quedó excesivamente convencido, pero acató la orden. La nave, que hasta entonces se había mantenido a una velocidad moderada, para disimular que estaba espiando a las otras dos, se lanzó hacia la superficie del planeta a una velocidad que rozaba los trescientos mil kilómetros por segundo. Lo cual significaba que antes de transcurrir medio minuto habría aterrizado Júpiter.

Pero en el curso de aquel medio minuto sucedieron algunas cosas. En primer lugar, se registró una llamada, que fue atendida por Marcel. El rostro de Gina Montese apareció en la pantalla. Una Gina apurada, con bastante miedo, que ni siquiera reconoció, en el

primer momento, al hombre que a su vez veía en su propia pantalla.

—¿Pueden ayudarnos? ¡Nos han obligado a retroceder desde muy cerca de Marte! —exclamó. Y entonces reconoció a la persona con quien hablaba—: ¡Deschamps!

—El mismo. Ya ve que, a pesar de su jugarreta, estoy aquí, dispuesto a jugármelo todo por salvarla.

Ella hizo una mueca de incredulidad. Se había animado un poco al ver al supuesto policía, porque comprendió que la ayuda no le sería negada, aunque no por los motivos que alegaba Marcel.

—¿Cree que le será posible hacer algo, Deschamps?

—Lo intentaré, que ya es algo, Gina. Recuerde que le he intentado una vez y lo he conseguido. ¿Quiere dejarme la dirección de la lucha?

—Sí.

—Pues aterrice a toda prisa en Júpiter. Volveremos a ponernos en contacto allí. Ahora no hay tiempo que perder.

Marcel cortó la comunicación.

—Aminora la velocidad, Davis —dijo a su compañero—. Estamos demasiado cerca de la superficie y nos expondríamos a estrellamos en vez de aterrizar.

Davis obedeció.

—Pon el control de aterrizaje automático —repuso Marcel—, y preparémonos a evacuar la nave.

—¿No decías que no había peligro?

—Las cosas han cambiado desde entonces. Davis. Es muy posible que mi conversación con Gina haya sido controlada desde la esfera. Y es posible también que a esos personajes no les guste dejarnos aterrizar con tranquilidad.

CAPÍTULO VI


on su diámetro once veces mayor que el de la Tierra, Júpiter es el gigante del Sistema Solar. Lo mismo que los demás planetas, tenía colonias de terrícolas, que se habían instalado allí desde hacía varias generaciones y que, por lo tanto, no se consideraban habitantes de la Tierra ya; sino del planeta que les había visto nacer. Pero, a causa de la enorme superficie de Júpiter, esas colonias estaban tan separadas unas de otras, que a primera vista el planeta parecía estar deshabitado.

Quizás a causa de esto los tripulantes de la esfera lo habían elegido para obligar a aterrizar a la nave que mandaba Gina, en la que iba Magnus Anderson en concepto de prisionero. Había sido una verdadera casualidad que Marcel y su amigo sorprendiesen la maniobra en el curso de su viaje a Marte, pero ahora, sabiendo con exactitud dónde estaba el «sabio diabólico», el joven agente estaba dispuesto a arrostrar todos los peligros para conseguir que Anderson volviera a su poder.

Después de haber puesto el control de aterrizaje automático, que haría que la nave se posara por sí sola y con toda suavidad sobre la superficie del planeta, los dos amigos se apresuraron a colocarse los cascos del vacío.

—¿Nos colocamos también los antigravitatores? —preguntó Davis.

—No, porque no necesitaremos emplearlos —contestó Marcel.

—¡Cómo! ¿No nos lanzamos al espacio?

—No, Davis. Si nos lanzáramos seriamos vistos y se perdería toda la sorpresa. Descenderemos con la nave, pero estando en la parte de afuera en vez de estar en el interior.

Davis estaba acostumbrado a las ideas raras de su amigo, con el que había colaborado ya en diversas misiones. Se limitó a encogerse de hombros, mientras decía:

—Supongo que sabrás lo que haces. Estoy dispuesto a seguirte, aunque me tenga que romper la cabeza contra esas rocas que ya empiezan a verse debajo nuestro.

—Entonces deja de discutir y ven conmigo.

Abrieron la compuerta de evacuación, que se cerraría automáticamente tan pronto como hubieran salido. El exterior de la nave tenía suficientes relieves a los que asirse sin peligro de ser lanzados al espacio.

—Agárrate fuerte —recomendó Marcel—, y sobre todo no te vayas hacia el otro lado, desde el cual podríamos ser vistos por los tripulantes de la esfera.

—¿Y cuando lleguemos a tierra?

—Abandonaremos en seguida la nave para escondernos entre las rocas inmediatas al sitio donde hayamos ido a aterrizar. Y mucho cuidado. No olvides que la gravedad de Júpiter es muy superior a la que estamos acostumbrados a soportar.

La nave descendía ahora suavemente. Debajo de ellos, los dos amigos no veían más que grandes amontonamientos de rocas, sin la menor vegetación ni el más leve vestigio de agua. Si Júpiter había tenido vida propia, debió ser hacia bastantes millares de siglos. Lo cierto era que en la actualidad no quedaba de aquella vida el más leve rastro.

—¡Atención! —advirtió de pronto Marcel—. ¡Estamos a punto de tocar el suelo! ¡Preparados para saltar!

—¡Estoy dispuesto! ¡Tenemos las rocas aquí mismo! De hecho, vamos a aterrizar en medio de ellas.

Marcel miró hacia arriba. La nave de Gina estaba descendiendo también, siguiendo las instrucciones que él le labia dado. A la esfera no la podía ver, pero supuso que estaba también allí, preparándose ya para lanzar sus mortíferos chorros de fuego.

—No me explico cómo no nos han achicharrado ya —cementó Davis, al darse cuenta de que su amigo buscaba la nave extrasolar.

—Han querido jugar con nosotros como el gato con el ratón, muchacho. Esperarán que estemos en tierra, para que la sorpresa sea mayor. Saben que tienen todas las ventajas y por eso no se dan prisa Por lo mismo ni siquiera se han tomado la molestia de desaparecer, para desorientarnos, como hicieron sobre Plutón. Pero… ¡Atención! ¡Es el momento!

La nave acababa de tocar el suelo. Marcel se soltó de donde estaba asido y se dejó caer entre les rocas, procurando que el golpe contra el suelo no fuete demasiado violento. A pesar de todo, tuvo que soportar un fuerte choque, que le dejó un par de segundos inmóvil sobre la superficie.

A través de los auriculares de su casco, oyó que Davis le decía:

—¡Voy contigo, muchacho!

Y lo vio caer a su lado, quedándose, inmóvil también.

Casi al mismo tiempo un fuerte resplandor les dejó cegados por unos instantes. Era el «rayo de la muerte», lanzado a gran potencia, que estaba volatilizando la nave que acababan de abandonar.

—¿Qué te parece? ¿He tenido vista, Davis?

—¡Excelente, muchacho! ¡Caramba! ¡Dónde estaríamos si no hubiésemos evacuado a tiempo!

—Esos «rayos de la muerte» son terriblemente destructores, pero tienen la ventaja sobre las bombas atómicas que se puede estar al lado y no pasa nada si no se es alcanzado directamente por el fuego. Esto permite que los objetivos se puedan precisar mucho más, sin destruir lo que no interesa.

—¡Buen momento para conferencias científicas! —Gruñó Davis.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Jugar a los naipes? De un modo u otro hemos de pasar el tiempo mientras esperamos.

—Esperamos, ¿qué?

—Acontecimientos. Gina está a punto de aterrizar. Los de la

esfera quieren a Anderson, que está con ella y, por lo tanto, tendrán que desembarcar para reclamarlo. Entonces habrá llegado nuestro momento de intervenir.

—¡Hum! —dijo Davis por toda respuesta.

Siguieron observando, sin ser vistos. A su lado, la nave en que habían viajado estaba convertida en unos informes restos, quedando de ella solo lo que no había sido alcanzado por el fuego destructor. La nave de Gina estaba aterrizando en aquel momento, y la esfera descendía también, disponiéndose a su vez a tomar tierra en Júpiter.

—¡Ah! —se lamentó Marcel, mirándola—. Es una verdadera pena que no tenga yo ahora la pistola lanzarrayos, con la que podría repetir lo que hice en Plutón. ¡Gina casi no merece que la ayude, como castigo por habérmela quitado!

—¿Es en realidad a ella a quien pretendes ayudar?

—Desde luego que no. Quiero recuperar a Anderson, pero fatalmente Gina se beneficiará de la operación.

—¡Oye, Deschamps! —preguntó Davis de pronto—. ¿Cómo demonios deben ser esos tipos que tripulan la esfera?

—No te puedo contestar, porque no he visto a ninguno. En la otra no iban, ya te lo he contado.

—¿Supones que lo dejan todo a cargo de los robots, mientras ellos esperan tranquilamente el resultado en cualquier astro alejado de aquí?

—No tengo la menor idea, pero es posible que no andes desacertado, Davis. Para eso están los robots. Los «señores» pueden dirigirlo todo por radio, desde donde sea, con la tranquilidad de que si quieran intervenir, las naves llegan allí en pocos segundos a causa de su enorme velocidad.

—¿Esto es lo que piensas?

—Por lo menos es una explicación. Pueden haber otras.

—¿Por ejemplo?

Pero en vez de contestar Marcel señaló hacia el exterior del grupo de rocas en las que se había refugiado.

—¡Mira! —dijo—. La esfera ya ha tocado el suelo. Atención, que ahora van a salir los robots.

—No nos podrán detectar estando aquí, porque las rocas se lo impiden.

—Exacto. Pero como nosotros les detectaremos a ellos, conviene que tengamos las armas preparadas.

—¿La pistola atómica o la de balas ultraperforadoras?

—La de balas. Ya sabes que es mejor para apoderarse de sus lanzarrayos.

—Pero desde la nave no nos permitirán llegar hasta allí.

—Calma y déjame obrar. Si no te gusta, otra vez no me elijas por jefe.

Vieron salir a dos robots. Los dos hombres mecánicos, obedeciendo órdenes que les eran transmitidas por radio, avanzaron hacia la nave de Gina empuñando sus pistolas lanzarrayos.

—¿Te das cuenta? —observó Marcel—. Otra de las ventajas de esas armas. Se podrán abrir camino a través de la nave, hasta llegar a la cabina sin que se produzca explosión y por lo tanto sin que mueran las personas a quienes a ellos conviene conservar con vida.

—Sí, pero ¿les dejaremos llegar al corazón de la nave? —preguntó Davis.

—Ni a la periferia siquiera. Son dos, pues uno para cada uno. ¿Con cuál te quedas?

—Con el de la izquierda.

—Entonces, yo apunto al otro. ¡Atención!

Las dos pistolas ultraperforadoras asomaron sus respectivos morros por entre las rocas. Los dos amigos apuntaron con cuidado y, finalmente, Marcel ordenó:

—¡Fuego!

No hubo en realidad fogonazo, porque las balas no eran disparadas por cápsulas de pólvora sino mediante energía atómica, para darles mayor capacidad de perforación. Ambos proyectiles se incrustaron limpiamente en sus objetivos —las cabezas de los robots —, los cuales se quedaron de pie, inmóviles, pues era tan rápida la penetración de las balas a través del metal que me llegaba a producir choque que derribase a los muñecos de pesados y enormes pies.

Salvo los dos amigos, nadie pude comprender de momento lo que había sucedido. Se vio a los robots inmóviles, como si sus mecanismos se hubiesen averiado, pero no se pudo adivinar la causa que había producido la doble avería.

Entretanto, Marcel regulaba a toda prisa la onda de su pequeño

receptor del casco, para poder hablar con el interior de las naves.

—¡Atención! —gritó—. ¡Llamó a la nave en forma de esfera! ¿Me escuchan?

—¡Sí! —contestó una voz—. Pero ¿quién es usted?

—El mismo que destrozó la otra nave en Plutón, amigo. Y estoy empuñando la misma arma con qué lo hice. ¡Sé dónde está su cabina de mandos y dispararé directamente contra ella, achicharrando a todos los que se encuentren en el interior!

Era lo que en términos de juego se llama un «farol», pero dio resultado. Los que tripulaban aquella segunda esfera no sabían que Marcel había perdido su arma lanzarrayos y que, por lo tanto, no podía llevar a término su amenaza.

—¿Qué pretende usted? ¿Qué quiere de nosotros? —dijo la misma voz de antes.

—Rendición sin condiciones e inmediatamente. Estoy apuntando y al no ver abrirse la compuerta apretaré el disparador. ¡No lo piensen!

El miedo triunfó sobre la razón. La esfera, aunque podía desarrollar usa velocidad superior a la de la luz, no podía hacerlo directamente desde el suelo. Tenía que elevarse los primeros metros relativamente despacio, tomando luego su verdadero impulso, y aunque esto todavía no lo sabía Marcel, especuló con la posibilidad de que fuese así.

Los de la nave, temerosos de ser quemados vivos si no obedecían la orden de rendición, no se entretuvieron en reflexionar y pusieren en movimiento el mecanismo que abría la compuerta.

Marcel sonrió, satisfecho, y cambiando de nuevo la onda de su radio, a fin de que sólo le pudiese oír Davis, dijo a su amigo:

—¿Quieres arriesgarte un poco?

—¡Hombre! ¿Crees que no me he arriesgado hasta ahora? ¿Qué se ha de hacer?

—Sólo salir a la descubierta para apoderarse de las pistolas lanzarrayos de los robots. No estará de más que las tengamos efectivamente, por si en cualquier momento los tripulantes de la esfera cambian de opinión.

—¿He de ir yo solo?

—Sí, Davis. Ye me quedo para continuar hablando con ellos. Supongo que conseguiré hacerles salir. Pero es conveniente que

cuando asomen vean que poseemos esas armas.

Davis no dijo más. Se deslizó por encima de las rocas que le servían de parapeto y empezó a avanzar hacia los robots que entre los dos amigos acababan de destruir. Podía ser que desde la esfera le estuvieran observando; pero el hecho de ir a apoderarse de aquellas pistolas no había de significar forzosamente que no tuvieran ya otras en su poder, y por lo tanto lo más probable era que la situación no se modificase. Si los de la esfera habían cogido miedo, no se arriesgarían a intentar una fuga o un ataque, viesen lo que viesen.

Por su parte, Marcel, volviendo a cambiar la onda, habló de nuevo con su desconocido interlocutor.

—Bien, veo que me han obedecido. Confío que por su propio interés irán siguiendo mis instrucciones.

—¿Qué hemos de hacer? —le contestaron.

—Salir al exterior. Todos los que tripulen la nave, sean hombres o robots. Y, naturalmente, sin armas. No olviden que les estoy apuntando. Los robots que salgan primero y los seres vivos que lo hagan a continuación.

Mientras hablaba, Marcel estaba atento al avance de su amigo. Lo vio llegar al sitio donde habían quedado inmovilizados los dos hombres mecánicos y vio cómo se apoderaba de sus pistolas.

Respiró con más tranquilidad.

—¿Qué deciden? —preguntó a los del interior.

—Salir. No podemos hacer otra cosa.

—Pues no lo piensen más. Dentro de un minuto, tanto si están fuera como no, empezaré a derretir la nave.

Davis estaba regresando ya. Llevaba un arma lanzarrayos en cada mano, y lo más probable era que ni le hubiesen visto siquiera. Los del interior de la esfera estaban sólo atentos a la conversación con Marcel.

Un robot apareció en la compuerta y empezó a descender la escalerilla para bajar al suelo. Marcel preparó su pistola de balas ultraperforadoras. Le dejó llegar al final de la escalerilla y apretó entonces el gatillo. Dos balas penetraron en el mecanismo del muñeco, que se quedó inmóvil, sin poder dar ya ningún paso por el suelo que acababa de tocar.

Entonces vio al hombre que asomaba por la compuerta, llevando

puesto el casco del vacío. El hombre también le vio a él y se dio cuenta de que había sido burlado. Marcel no poseía el arma que tanto miedo le había causado.

—¿De modo que no tiene la pistola lanzarrayos? —murmuró a través de la radio del casco.

En los labios de Marcel se dibujó una sonrisa de triunfo.

El agente dijo:

—No la poseía…, hasta ahora. Pero mire a mi compañero. Acaba de llegar con un par de ellas. Y no se le ocurra retroceder, porque le estoy apuntando con ésta, que sólo dispara balas, pero que sería suficiente para terminar con usted.

—Se ha burlado de mí —repuso el hombre con voz abatida.

Pero empezó a bajar por la escalerilla. Sólo podía elegir entre hacerlo o perecer.

Cuando llegó al suelo, Marcel y Davis estaban avanzando hacia él, a la descubierta y empuñando un lanzarrayos cada uno de ellos.

—¿Hay alguien más en la nave? —preguntó Marcel.

—No. Sólo habíamos quedado el robot y yo —contestó el hombre.

—Como en la anterior —repuso el agente. Y dirigiéndose a su amigo, añadió—: De todos modos, será mejor no fiarse. Tú apunta a la nave y dispara sin miramientos tan pronto como se empiece a mover.

—De acuerdo, jefe —contestó Davis.

Marcel modificó una vez más la onda de su casco.

—¡Atención a la nave de Gina Montese! —gritó—. Le contestaron casi inmediatamente.

—Sí. Soy Gina. Lo hemos presenciado todo y he podido captar parte del diálogo. Le felicito, Deschamps.

—Gracias. Siempre es agradable ver reconocidos los propios méritos por el adversario. ¿Quiere salir con todos los que la acompañan?

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Tendremos un cambio de impresiones con el tripulante humano de la esfera. Como ha visto, tampoco iban en ella seres extrasolares. ¿No le parece curioso el detalle?

—Sí, pero me le parece más tener a Anderson en mi poder. ¿Qué pasaría si ahora empezara yo a elevarme, Deschamps?

—Algo muy sencillo y que ya se puede imaginar, Gina. No olvide que ahora poseo de verdad la pistola lanzarrayos y que mi amigo tiene también otra.

—¿Dispararía contra mí?

—Por lo menos, le inutilizaría la nave. Le doy mi palabra de honor, a la que nunca falto.

—Bien, no lo tome tan en serio. Era sólo una broma. Vamos a salir todos.

—Háganle y no se le ocurra gastar la broma de escapar, Gina.

Momentos después el personal de la nave empezaba a salir al exterior. Los dos amigos vieron descender primero a Anderson, seguido por Hans Sauer, luego a los tres marcianos ayudantes de Gina y, finalmente, a la misma joven.

—La dotación completa de la nave, según mis cuentas —dijo Marcel, cuando todos estuvieron a su lado—. Esto es lo que yo llamo entrar en razón.

—Y a mí no me ha servido de nada solicitar ayuda —contestó Gina—. He impedido que los de la esfera se apoderasen de Anderson, pero ha sido para que me lo arrebatara usted.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo —replicó Marcel—. Estamos en circunstancias extraordinarias, frente a las cuales debemos unirnos de verdad todos los habitantes del Sistema. No lo olvide. Además, usted no me llamó solamente para que no le quitaran a Anderson. Entonces temía caer usted misma en poder de los invasores. ¿Me equivoco?

—Algo hay de verdad —tuvo que reconocer ella.

Marcel exclamó:

—Pues todo tiene su precio, muchacha. Le queda el consuelo de poderme quitar a Anderson de nuevo…, aunque procuraré que no sea por el mismo procedimiento de antes.

La obsequió con una sonrisa. Luego, dirigiéndose al tripulante de la esfera, repuso:

—Y ahora hablemos de usted, amigo. Supongo que estaría ahí en concepto de prisionero, ¿no? Tengo ya cierta experiencia.

—Sí —contestó el hombre—. Me capturaron en Suecia, mi país natal, cuando, me dirigía al bosque. Iba solo…

—¿Cómo se llama? —preguntó Marcel, interrumpiéndole.

—Nihls Larsen.

—¿Casado o soltero? ¿Tiene hijos? ¿Con quién vivía?

—¿Eh? —Larsen pareció asombrado ante la pregunta—. Pues… yo iba al bosque donde tengo un negocio de tala de árboles…

—No le he preguntado eso. Quiero saber quién es su familia. Quiero que me cuente su pasado. Su vida anterior antes de que le capturasen.

Larsen permaneció unos momentos callado. Parecía estar haciendo un esfuerzo para tratar de recordar.

—Pues… no lo recuerdo —confesó por fin—. No… no se me había ocurrido pensar en ello.

—¿Y quién le capturó? ¿Unos seres extraños, de forma rara, nunca vistos hasta entonces?

—Yo no he visto más que a los robots. Ellos me metieron en la nave en forma de esfera.

—Muy curioso —dijo Marcel—. Parece que los invasores del Sistema Solar tienen interés en no ser vistos. Tampoco los vio Hans Sauer.

Y volviéndose hacia el alemán, añadió:

—Ya ha oído usted las declaraciones de su compañero de desgracia, Sauer. Tal vez seamos más afortunados con usted. ¿Dónde vivía? ¿Quién era su familia?

—Vivía en Neptuno —contestó Sauer—. Soy neptuniano, de origen alemán.

—Pero ¿y su pasado? ¿Qué nos dice de su vida anterior antes de ser capturado?

—No la recuerdo —contestó el hombre, lo mismo que había hecho Nihls Larsen.

—Curioso, ¿verdad? —dijo Marcel, dirigiéndose al conjunto—. Ninguno de los dos recuerda su vida anterior a la captura. Parece que les ocurrió algo tan grave que les hizo olvidar por completo su pasado.

La atención general se había centrado en aquel interrogatorio. Gina y sus ayudantes habían incluso olvidado momentáneamente su rivalidad con Marcel. Todos preveían que iban a terminar descubriendo algo muy distinto a lo que habían sospechado al principio, referente a la invasión del Sistema Solar por unas naves que no pertenecían al mismo.

Marcel continuó su interrogatorio, mientras la vista de todos

estaba fija en los dos hombres que desconocían su pasado.

—¿Con quién han tratado ustedes, aparte de los robots?

—Con nadie —contestó Sauer—. Por lo menos yo. Me situaron en la nave y dieron instrucciones respecto a lo que tenía que hacer.

—¿Cuáles eran esas instrucciones?

—En el cuadro de mandos de la nave hay un tablero luminoso que funciona mediante el sistema Morse modernizado. Las instrucciones aparecían siempre allí y yo no podía hacer otra cosa más que cumplirlas.

—¿Por ejemplo?

—Me ordenaron dirigirme a Plutón, para rescatar a Magnus Anderson de la penitenciaría. Yo no conocía a Anderson, pero en el tablero apareció la longitud y latitud de la celda que ocupaba. La orden señalaba también que eliminase a cuantos obstáculos se opusieran a su cumplimiento. Se me dijo lo que a mi vez tenía que decir, empleando como transmisor al robot que conducía la nave.

—¿No la conocía usted personalmente?

—No. Yo sólo daba órdenes al robot, mediante otro sistema de Morse. Mi misión era vigilar, ver al enemigo, descubrir el objetivo y obrar en consecuencia. El manejo de la nave y de los cañones lanzadores del «rayo de la muerte» estaban a cargo del robot piloto. Yo ni siquiera sé cómo se hace funcionar la nave.

—De modo que sin el robot piloto, la nave no sirve de nada.

—Exacto. Yo observaba, veía lo que se tenía que hacer de acuerdo con las órdenes que se me daban, y a mi vez las transmitía al robot, que las ejecutaba.

—¿Y no se daba usted cuenta de lo criminal que resultaba cumplir semejantes órdenes?

—No lo sé… —contestó Sauer—. Yo no me daba cuenta de nada. Me mandaban y tenía que obedecer. No puedo decir más.

Marcel se dirigió a los que estaban escuchando, absortos en las declaraciones de aquel hombre.

—Se trata de un caso de anulación completa de voluntad. Esos hombres, al ser capturados, fueron sometidos a un procedimiento que les anuló la memoria y la voluntad. Ni siquiera sabemos si es verdad que se llaman como han dicho. Dan el nombre que se les dio y explican lo que se les dijo que tenían que explicar.

—¡Esto es horroroso! —exclamó Davis.

—Esto demuestra que a pesar de toda la técnica, el elemento humano es siempre necesario, aunque sólo sea en forma de autómata como en el caso de esos desgraciados. El inventor de las naves en forma de esfera hubiera preferido prescindir de hombres, pero con los robots solamente, no se podía desenvolver como deseaba. Necesitaba alguien que viese al enemigo de verdad y que supiera la forma, de eliminarlo. El robot puede manejar la nave de un lado a otro si se lo ordenan, pero alguien ha de saber hacia qué lado se tiene que ir y cuál es el momento oportuno para disparar. Para esto se ha recurrido a hombres sin voluntad, pero que ven el obstáculo y son capaces de calcular el modo de eliminarlo.

—¿Y en el caso de los robots desembarcados? —preguntó Davis.

—Supongo que el propio Sauer nos podrá contestar a eso.

—Recibí orden de desembarcarlos —explicó el aludido—. Tenían que buscar la celda de Anderson, cuya situación me fue dada y que a mi vez les transmití. Cada robot llevaba su antena de radar y yo, desde la nave, veía los obstáculos y disponía lo que se tenía que hacer contra ellos. Los robots disparaban su arma cuando lo ordenaba yo.

—Interesante —dijo Davis—. ¿Y no crees, Deschamps, que Anderson nos podría explicar por qué ese interés en sacarlo de la cárcel?

Se volvió para mirar al «sabio diabólico». Todos le imitaron entonces, y se dieron cuenta de que le habían tenido en olvido, atraídos por el interés de lo que habían estado escuchando.

Y Anderson se había aprovechado de ello. No estaba allí, en el grupo. Había obrado en silencio, como siempre, sin hacer caso de nada cuando era nombrado. Como si no estuviera allí, lo mismo que cuando estaban en Plutón.

Sólo que esta vez había actuado. Nadie se fijó en que retrocedía hacia la nave de la policía, en que había llegado Gina a Júpiter, ni nadie le vio subir sigilosamente la escalerilla. Únicamente ahora, al buscarlo, se dieron cuenta de que había desaparecido.

Davis fue el primero en reaccionar.

—¡Estará en una de las naves! —gritó—. ¡Busquémosle antes de que sea tarde!

Pero era tarde ya. La nave de la policía empezó a elevarse en aquel momento, dejando al resto del grupo al lado de la esfera, sin

medios de poderla perseguir.

—¡Escapa! —gritó Davis—. ¡Pero no ha contado con que tenemos esto!

Y apuntó con la pistola lanzarrayos.

—¡Quieto, Davis! —ordenó—. ¡No vayas a fastidiarme ahora que he conseguido algo positivo!

Su amigo bajó el brazo, pero le miró con verdadera sorpresa. No podía comprender que su amigo tuviera interés en permitir la fuga de Anderson.

CAPÍTULO VII



as miradas de todos se posaron en Marcel, mientras la nave se seguía elevando, cada vez más lejos de la superficie de Júpiter.

—He pensado que era la mejor solución, Gina —dijo él, dirigiéndose a la joven, con una sonrisa—. Los dos estábamos interesados en tenerlo, pues no ha sido ni para usted ni para mí.

—No puedo creer que lo haya hecho con esa intención —declaró ella—. ¿Qué nos oculta?

—Nada. Pueden registrarme.

—¡Habla de una vez, Deschamps! —Gruñó Davis—. ¿Qué te has propuesto al dejar escapar a Anderson?

Marcel se puso serio.

—Ni yo mismo lo sé —dijo—. Supongo, sin embargo, que algo podremos sacar en limpio de esta fuga. Observen que todo se ha hecho para sacarle de la cárcel. Yo he pensado que dejándole escapar aclararíamos muchas cosas. Lo intenté ya en Plutón, cuando

entré en la primera esfera sin tomar ninguna precaución respecto a él, pero no me dio resultado. Anderson se portaba como un idiota y nos dejaba hacer. Aquí, sin embargo, he conseguido que al no preocuparnos de él decidiera escapar.

—Yo creo que hubiéramos sacado mucho más conservándolo —manifestó Davis.

—No, muchacho. Conservándolo, no podíamos hacer otra cosa más que meterlo de nuevo en la cárcel. No es seguro que fuese una solución. Ya han visto todos que las naves en forma de esfera han ido a sacarlo de allí. Si lo volvíamos a encerrar, lo más fácil es que tarde o temprano llegaran más naves.

Davis preguntó:

—¿Qué relación tiene Anderson con los dueños de esas naves?

—¿Y quiénes son los dueños? —preguntó a su vez Marcel—. ¿Lo sabemos acaso? Pues es lo que me he propuesto aclarar.

—¡Hum! —dijo Davis—. Ya ves en qué condiciones nos han dejado. Si esos tipos no mienten, la nave no se puede manejar sin el robot. Y el robot está inutilizado. Tendremos que permanecer aquí hasta que alguien nos localice.

Marcel miró a Sauer.

—¿Es necesaria la intervención del robot para emplear la televisión de la nave? —preguntó.

—No; es una emisora corriente. Se puede comunicar mediante ella con quien se desee.

—Entonces, no estamos aislados. Es lo que me figuraba yo. ¿Qué les parece si echáramos un vistazo al interior, amigos?

Pasaron a la cabina de mandos de la esfera, que era idéntica a la otra, conocida ya. Marcel se puso a los mandos de la televisión y empezó a manejarlos.

—Voy a hablar con alguien que no me interesa que vean —dijo a Gina y los demás—. ¿Les importa que nos saquen de aquí cuanto antes?

—Desde luego —reconoció ella.

—Entonces, déjenme sólo en la cabina durante unos momentos. Davis estará con ustedes.

La joven comprendió que lo mejor para todos era no oponer ninguna resistencia. Y cuando Marcel se hubo quedado solo, efectuó la llamada, empleando sin embargo, por precaución, el lenguaje

cifrado propio del Servicio Secreto de la Tierra.

—¡Urgente! ¡Necesito hablar con el jefe!

Hillary estaba en guardia, esperando la llamada.

Tardó segundos en aparecer en la pantalla.

—Le he mandado a Davis, Deschamps —dijo—. He pensado que siendo dos, las cosas saldrían con más facilidad.

—Está conmigo, señor. Y gracias, porque desde luego me ha sido útil.

—¿Y Anderson? —preguntó Hillary, con impaciencia.

—Controlado —contestó Marcel, con vaguedad.

—Estupendo. Bueno, la situación aquí es algo caótica. La gente no puede estar más alarmada después de los ataques realizados por los invasores, aunque parece que ahora han cedido un poco. No se ha visto ninguna nave enemiga desde hace algunas horas. Sin embargo, todas las fuerzas de la Federación están en estado de alerta, prontas a intervenir a la menor alarma.

—Me parece bien, aunque no es cosa mía, señor.

—¿Cuándo estará aquí con Anderson? —preguntó Hillary—. Ya sabe que corre prisa, pues una cosa se relaciona con otra. Es necesario reconocer que sólo Anderson nos puede librar del gran peligro de una invasión del exterior.

Marcel dijo:

—Lo sé. Sin embargo, no le puedo decir todavía cuándo se lo podré entregar, señor. ¿Puedo pedirle algo?

—Diga, Deschamps.

—Se trata de localizar una nave que presumo se habrá dirigido a la Tierra. Es una nave de la Policía Federal, matrícula 425.

—¿Por qué quiere eso, muchacho? ¿Qué hemos de hacer nosotros tras una nave federal?

—¿Sigue teniendo confianza en mí, señor? ¿Deja en mis manos el asunto hasta el fin, o me ordena que le comunique mis planes para fiscalizarlos? Es usted mi jefe, y si me da una orden…

—Le dejo acabar sin preguntarle nada —interrumpió Hillary—. Sé que llegará al final. ¿Qué quiere que haga?

—Simplemente localizar la nave que le he dicho. Saber dónde aterriza y qué hace o adónde se dirige su único tripulante una vez haya desembarcado. No me pregunte quién es ese tripulante.

—Acepto la situación de misterio. Comprendo que su honrilla

está en juego, Deschamps. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Sí, señor. Estoy en Júpiter, lejos de toda base y de todo punto habitado. Le daré la posición exacta. ¿Tiene medios de que me vengan a recoger y pongan una nave a mi disposición?

—Puedo hacerlo. Por fortuna, el Servicio está organizado para resolver situaciones así.

—Gracias, señor. Es todo lo que le pido.

A continuación, Marcel dio la situación de la nave sobre la superficie de Júpiter, tomándola de los indicadores del cuadro de mandos. Se despidió de Hillary y fue a reunirse con sus demás compañeros.

—Ya está —dijo—. No tardaremos mucho en ser recogidos y disponer de una nave. Con ella, emprenderemos la persecución de Anderson.

—Para eso necesitamos saber adónde se ha dirigido —replicó Davis—. Y nos lleva ya mucha ventaja.

—He tomado mis medidas para que esa distancia no le sirviera para nada. Mejor dicho, le servirá para darle confianza y adoptará tal vez menos precauciones.

—¡Hum! —dijo Davis, por toda respuesta.

Gina y los demás no dijeron nada. Pasaron el tiempo estudiando la estructura de la nave en forma de esfera, acabándose de convencer de que sus características eran muy semejantes a las de las naves del Sistema Solar. Su diferencia, aparte de la forma, estaba en los motores, que le daban una velocidad superior a la de la luz, y en el armamento, todo él a base del famoso «rayo de la muerte».

No fueron capaces de saber cómo se habían conseguido ambas cosas Su conocimiento de la Ciencia, no siendo especializados, estaba por debajo del de los hombres dedicados al estudio del átomo, y aun así éstos no hubiesen podido saber de qué medios se había valido el constructor de la nave para darle aquella velocidad, ni cuál era la materia que se transformaba en «rayo de la muerte» con su terrible poder destructor.

—Yo creo que todo consiste en encontrar un procedimiento que doble la fuerza de impulsión del átomo liberado —dijo Marcel—. De ese modo, se consigue una velocidad dos veces mayor a la de las naves ordinarias y por lo tanto, dos veces superior a la de la luz.

—¿Sí? Muy interesante —contestó Davis—. ¿Y cuál es ese

procedimiento?

—Si lo conociera sería tan sabio como el que lo ha descubierto, amigo mío.

—Pero esa velocidad no basta para efectuar con rapidez el desplazamiento desde una Galaxia que puede estar a miles de millones de años luz de nosotros.

—Supongo que no. Pero hasta ahora no tenemos ningún motivo para suponer que las naves han llegado de tan lejos.

—¿De dónde crees tú que han venido?

—No lo sé. Expongo ideas, pero sin hacer afirmaciones. Digo sencillamente lo que se me ocurre. Yo no soy científico. Pienso también que el rayo de la muerte puede ser alguna variante de la fuerza atómica liberada. Si alguien sabe más, que lo diga.

—Oye, Deschamps: ¿Supones que las naves en forma de esfera no han venido de un lugar situado fuera de nuestro Sistema?

—Lo que yo supongo tiene muy poca importancia, amigo mío. Lo que necesitamos, es descubrir la verdad.

—Pues andamos por buen camino, metidos en este rincón de Júpiter, sin medios para salir de él.

Nihls Larsen, que por instinto se había situado de observador junto al radar de la nave, anunció en aquel momento:

—¡Atención, señores! ¡Llegan dos naves!

—¿Te das cuenta, Davis? —dijo Marcel—. Ya no estamos tan aislados como pretendías.

—Bueno, veremos qué se hace después, aun suponiendo que una de las dos naves nos sea cedida.

—Volar hada la Tierra, amigo mío. ¿No sientas la nostalgia de nuestro viejo planeta?

Salieron para recibir a las dos naves, las cuales aterrizaron junto a la esfera a los pocos minutos. Varios hombres descendieron de las mismas, y el que los mandaba se dirigió al grupo que esperaba.

—Capitán Martínez, de la Policía particular de Júpiter —se presentó—. Hemos vacilado un poco, al ver a esa nave en forma de esfera, pero la presencia de ustedes junto a ella nos ha decidido.

Marcel le estrechó la mano.

—Gracias, capitán —dijo—. Mi nombre es Marcel Deschamps, canadiense y reporter del «Space News» de Washington en la Tierra. Viajaba con esos amigos, cuando hemos tenido el encuentro con la

esfera. Nos ha costado la pérdida de la nave propia, pero ya ve: hemos salido victoriosos.

—¿La han inutilizado ustedes? —preguntó Martínez—. Cuéntenos eso, amigo.

—¿Le importa que no lo hagamos? Tenemos mucha prisa por regresar a la Tierra.

—¡La vieja Tierra! —suspiró Martínez—. ¡Allí está Méjico, patria de mis antepasados! Siempre he deseado ir, pero mis obligaciones me lo han impedido. Comprendo que tengan prisa. Por otra parte, las órdenes que tenemos son concretas. Una de las naves queda a su disposición. Nosotros regresaremos a la base en la otra.

—Gracias. Lea el «Space News» que saldrá dentro de algunos días y lo sabrá todo, capitán.

—Por lo menos, dígame si han capturado a algún ser de extraña raza —insistió Martínez.

—Siento decepcionarle, pero no ha sido así. La nave iba solo tripulada por robots.

Marcel no quiso denunciar la presencia de Nihls Larsen en la misma. El descendiente de mejicanos se encogió de hombros y al momento empezó a dar órdenes para que la nave de repuesto pasase a disposición de Marcel.

Éste la tripuló, con sus compañeros, y las dos naves se elevaron casi simultáneamente. Una para regresar a su base y la otra para emprender el camino de la Tierra, donde Marcel confiaba poner fin a la aventura que tan inesperados giros había dado desde su iniciación.

—¿Qué te hace suponer que Anderson se ha dirigido a la Tierra? —le preguntó Davis, cuando estaban ya en pleno espacio.

—Una corazonada. El mejor refugio es siempre el menos sospechoso y Anderson tendrá alguno preparado en la Tierra, que es donde menos se sospechará o así lo cree él, que se le ha de buscar en caso de fuga.

—¡Hum! —dijo Davis, según su costumbre, cuando no aceptaba una explicación que le parecía poco convincente.

—Y no me extrañaría que ese refugio estuviera en la propia ciudad de Washington —repuso Marcel.

—¿Y por qué no en el piso de abajo del despacho del jefe? —preguntó Davis, amoscado.

—No sería mala idea… si Anderson supiera dónde tiene el jefe su despacho. Pero como no lo sabe, todo se reduciría a una casualidad, y esto entra fuera de mis cálculos. Desengáñate si te habías ilusionado, Davis. Lo más fácil es que Anderson tenga el refugio en cualquier otra parte de la ciudad.

—Y como Washington es una aldea, tardarás escasos minutos en localizarle.

—Tal vez menos que minutos. No me extrañaría que en estos momentos se supiera ya dónde está Anderson.

—¡Oye, eso es demasiado! He dejado que te burlaras un poco de mí, pero…

Se interrumpió, al ver que Marcel se había puesto a manipular en los mandos de la emisora de televisión. Estaban solos en la cabina, pues Gina y los demás por indicación del propio Marcel se habían instalado en el salón de la nave y los dos amigos podían hablar con entera libertad.

—¿Qué haces ahora? ¿Preguntar adónde ha ido Anderson?

—Tú mismo lo verás. Supongo que entiendes el lenguaje cifrado del Servicio, ¿no?

Davis contestó con un gruñido, al tiempo que Lewis, el operador de la oficina del Servicio Secreto aparecía en la pantalla.

—¿Qué hay, Deschamps? ¿Quieres hablar con el jefe?

—Sí, y cuanto antes, muchacho.

—¿Vas a pedir ayuda al «viejo»? —pregunto Davis—. ¿Vas a confesarle que Anderson se te ha escapado de las manos?

—Ten un poco de paciencia, o acabarás con la mía.

Hillary apareció en la pantalla, en sustitución de Lewis.

—Ya he localizado la nave, Deschamps —anunció—. Ha aterrizado en Washington hace escasos minutos.

Davis, que comprendió de qué nave se trataba, se quedó mirando a la pantalla con la boca muy abierta.

—¿Puede decirme dónde, señor? —preguntó Marcel, interesado.

—En un patio de la calle 298, Sur, casa número 1243. Nadie le ha molestado. Ya sabe que no suelen hacerse preguntas a las naves de la Policía Federal.

—Gracias, señor. Espero no haberle causado excesivas molestias.

—Me ha bastado movilizar un par de naves y un helicóptero. La Federal no se ha dado cuenta de nada.

—Por algo nuestro Servicio es el mejor del Sistema. ¿Sabe si el ocupante de la nave ha salido de la casa?

—Seguro que no. La tengo bajo vigilancia. ¿Le conviene que se entre legalmente en ella?

—En absoluto. Despertaríamos sospechas y no conviene. ¿Han visto al hombre?

—No. Ha desembarcado en el mismo patio, pero miraba al suelo y desde el helicóptero no se han podido distinguir sus facciones. Supongo que no me dirá quién es.

—Prefiero reservarlo todo para el final. ¿Le disgusta?

—No, Deschamps. Le he dejado la iniciativa y no le quiero coaccionar con mi autoridad.

—Le renuevo las gracias, señor. Por esto y por la rapidez con que nos ha conseguido una nave para regresar a la Tierra.

—Un Servicio Secreto sin medios de actuación no serviría para nada, muchacho.

Se despidieron, y Marcel se volvió hacia el desconcertado Davis.

—¿Qué dices ahora, amigo mío?

Davis replicó:

—Sólo que te hago patente mi admiración. Te hemos de reconocer como el mejor agente de la Unidad. Sin embargo…

—Ya sabía yo que habría peros.

—Quiero decir que para coger a Anderson en su refugio, no valía la pena dejarlo escapar de nuestras manos en Júpiter.

—Así la aventura tiene un poco más de emoción, ¿no te parece?

—¡Supongo que algún día te decidirás a decirme lo que piensas, esto es lo que me parece! —contestó Davis, malhumorado.

—Te lo diré cuando tenga la seguridad de todo. Hasta ahora, sólo he formulado hipótesis, algunas de las cuales han resultado ser ciertas, como la del regreso de Anderson a Washington. ¿De qué serviría hablar de otras cosas, si luego salían equivocadas?

—Por lo menos, nos distraeríamos durante el camino —dijo Davis, con el mismo malhumor.

El camino, sin embargo, y aunque la nave no superaba la velocidad de la luz, resultó relativamente corto y al cabo de unas pocas horas, dedicadas al descanso, la nave estaba sobre los Estados Unidos y se dirigía a su antigua capital.

No aparecieron más esferas durante el camino, ni había noticias

de que los extraños aparatos hubieran tenido nuevas actuaciones en el conjunto del Sistema. La alarma, sin embargo, no había decrecido. Y aunque mucha gente había vuelto a su trabajo, se seguía temiendo que lo sucedido era sólo un anticipo, una especie de avanzada, y que la gran invasión con la consiguiente hecatombe se produciría de un momento a otro.

Aterrizaron lejos de la calle 298 Sur. Marcel no quería despertar la menor sospecha.

—Un vehículo urbano de transporte nos llevará allí —dijo Marcel, una vez en tierra.

—Podemos tomar un taxi-helicóptero —sugirió Davis—. Así, no llamaremos la atención al ir armados.

—De vez en cuando has de tener una idea buena, muchacho. No perdamos tiempo ahora, porque ya no hace falta.

El helicóptero era sólo de tres plazas. Marcel sugirió que no lo ocupasen más que él y Davis, pero Gina se opuso a la idea.

—He empezado esto con usted, aunque luchando por mi propia cuenta, y con usted lo quiero acabar, Deschamps —dijo.

—Tenga en cuenta que quizás habrá algunos disparos, Gina.

—Estoy algo acostumbrada a ellos. Mis hombres pueden esperarnos con los dos ocupantes de las esferas…

—Eso no, Gina. Lo siento, pero las esferas las he conquistado yo y sus ocupantes me pertenecen. Cuidaré de que alguien se venga a hacer cargo de ellos.

La joven no se pudo oponer. Marcel llamó a Hillary, desde una cabina pública, y antes que transcurrieran dos minutos llegaba alguien a hacerse cargo de los dos hombres sin memoria y sin voluntad. Los tres marcianos ayudantes de Gina no fueron molestados para nada.

—Sin embargo, guárdese de darles instrucciones secretas, Gina —advirtió Marcel—. Esta vez podrían dar mal resultado.

—La historia no se repetirá —dijo ella, sentenciosamente.

Tomaron el taxi-helicóptero y se hicieron conducir a las inmediaciones de la casa donde había aterrizado la nave de Anderson. Se habían desprendido de todas sus armas, salvo las pistolas lanzarrayos. Gina conservaba la que había arrebatado a Marcel. Y con una falsa credencial que tenía éste de policía particular de la Tierra, entraron en el número 1243 de la calle 298

Sur.

Era una casa de una sola planta que ocupaba un inmenso taller de reparación de astronaves. Una especie de estación de servicio, propia de aquel siglo. La gran puerta estaba abierta, y desde ella los tres agentes vieron a los robots que trabajaban en las naves y helicópteros estacionados allí.

—Todo montado con los medios más modernos —comentó Marcel, al verlo.

—¿Supones que el taller es propiedad de Anderson? —preguntó Davis.

—Puede serlo, aunque bajo un nombre falso, claro. Pero entremos. Es de suponer que haya aquí algo más que robots.

A un lado, se veía una pequeña cabina que constituía el despacho de la dirección. Tomaron aquel camino y un hombre que trabajaba allí les ahorró parte del mismo saliendo a su encuentro.

—¿Qué desean? —preguntó el hombre, lanzando una mirada sospechosa a las armas. Marcel supuso que había adivinado que se trataba de pistolas lanzarrayos, porque le vio abrir unos ojos como naranjas.

—Pertenecemos a la Policía —dijo, mostrando su falsa credencial. Hemos de efectuar un reconocimiento en el taller. Según informes que poseemos, se oculta aquí uranio de contrabando.

—¿Cómo? Están ustedes en un error. Aquí no hay uranio.

—Lo sabremos cuando lo hayamos registrado todo.

—¿Traen una orden de registro?

Marcel no se había podido hacer con ella. Era un inconveniente, pero se tendría que subsanar.

—¡Traemos esto! —dijo, de pronto, empuñando la pistola.

El hombre retrocedió lentamente hacia la puerta del despacho.

—¡Un atraco! —exclamó—. ¡Voy a llamar a la Policía! ¡A la verdadera Policía!

—¡La Policía somos nosotros! ¡No se mueva!

—¡La Policía no usa esas armas! ¿De dónde las han sacado?

Había acabado de llegar a la puerta. Marcel advirtió que iba a pisar un botón en el suelo, situado junto a la mesa escritorio. Se lanzó rápido para impedirlo, pues no quería disparar sobre aquel infeliz al que suponía también un hombre destrozado al que se obligaba a obedecer mediante instrucciones que anulaban su

voluntad. Pero llegó tarde. El pie del hombre pisó el botón y la alarma fue dada en un lugar que Marcel y sus compañeros ignoraban.

—¿Qué ha hecho usted, insensato?

—¡He cumplido mi obligación! ¡Estoy aquí para dar la alarma cuando se produzca algo sospechoso!

Un culatazo en la cabeza, que le propinó Marcel, acabó con su capacidad para descubrir nuevas cosas. Era un enemigo y había que anularle de algún modo, y Marcel eligió el menos grave para el infeliz.

Luego, se volvió hacia Davis y Gina.

—Los acontecimientos se han precipitado, amigos —les dijo—. Pero de todos modos, difícilmente hubiéramos podido evitar la lucha. Estad preparados para todo.

Vieron como los robots abandonaban su trabajo y se iban a concentrar al fondo de la gran nave. Allí, un gran montacargas, propio para cargar naves, tenía su plataforma a la altura del suelo, para poder descender hada el sótano del edificio. Los robots, siguiendo órdenes que les eran dadas por radio, se fueron a situar sobre la plataforma.

—¡Hay que impedir que desciendan! —gritó Marcel—. ¡Fuego! ¡Fuego, antes que sea demasiado tarde!

Y su pistola lanzarrayos fue la primera en entrar en acción.

CAPÍTULO VIII



avis y Gina, con sus armas respectivas, le secundaron inmediatamente. La plataforma se empezó a hundir, pero sólo pudo llevarse a los sótanos del edificio un montón de chatarra, restos de los robots que no habían sido lamidos por el terrible fuego.

Marcel echó a correr.

—¡Bajaremos nosotros en vez de los robots! ¡Adelante! —gritó.

No se volvió a mirar.

Sus dos compañeros echaron a correr tras él. El montacargas descendía lentamente y llegaron al borde de la abertura cuando la plataforma sólo estaba a metro y medio bajo el nivel del piso. Era un salto que no significaba nada para ellos y lo realizaron sin ninguna dificultad.

—Al suelo de la plataforma —dijo Marcel, en voz baja—. No conviene que nos vean inmediatamente.

—¿Estará Anderson ahí? —preguntó Davis.

—Tardaremos muy poco en saberlo.

Se encontraron en otra nave del edificio, semejante a la superior, llena también de aparatos voladores que esperaban su turno de reparación. Y allí había más robots. Éstos armados ya con pistolas lanzarrayos, preparados para enfrentarse con quien fuese.

Marcel, tumbado sobre la plataforma empezó a disparar antes de llegar al fondo.

—¡No esperemos a que sus radares nos capten! ¡Hay que destruir a toda prisa! —gritó.

Los hombres mecánicos fueron volatilizándose a medida que les alcanzaban los chorros de fuego. Había media docena, pero ninguno de ellos recibió a tiempo la orden de disparar contra sus inesperados enemigos.

Cuando se hubo acabado con todos, que fue inmediatamente, Marcel se puso en pie, siendo imitado por sus dos compañeros.

—Ahora Anderson sabe que estamos aquí, pero no tiene medio de vernos, una vez hemos destruido sus robots. Es de suponer que se fiaba de ellos y no tenía instalados otros aparatos.

—Pero ¿dónde está Anderson? ¿En una de esas naves? ¿Y quieres decirme qué ganamos sabiendo que tenía una estación de servicio?

—¿Te has dado cuenta de la clase de armas que empuñaban los robots, Davis?

—¡Caramba! ¡Sí! ¡Pistolas lanzarrayos! ¿Cómo podían…?

—¿Y no empiezas a atar cabos? —le interrumpió Marcel—. Ahora puedo decirte algo más, porque mis sospechas se van viendo realizadas.

—¿Quieres decir que Anderson era el fabricante de esas armas?

—Lo sospechaba. La actitud de los supuestos invasores me lo hizo creer desde el primer momento. Resultaba raro que unos seres extrasolares supieran que aquí teníamos un cerebro tan privilegiado como el de Anderson. Pero caso de que lo hubiesen sabido, como ellos no lo necesitaban para nada, les hubiera bastado destruir la penitenciaría con sus chorros de fuego, lo mismo que destruyeron las bases militares. Sin embargo, respetaron el ala donde estaba la celda de Anderson y mandaron robots a buscarle.

—Pero no me explico cómo aquellos dos infelices de las esferas podían saber…

—Ellos no sabían nada. Anderson tuvo tal vez medios de ocultar algún minúsculo aparato, que podía funcionar, por ejemplo, con el mecanismo de su reloj y mediante él les daba instrucciones que los otros recibían en el tablero del Morse y cumplían a rajatabla. Es la única explicación que se me ocurre.

—¿Y las esferas?

—Las fabricó él, ayudado por los robots, una vez descubrió la forma de producir una velocidad superior a la de la luz. Era su gran amenaza, junto con el rayo de la muerte. Porque se sospechaba que tramaba algo de eso, fue procesado y condenado. Sólo que sus trabajos estaban más adelantados de lo que se suponía.

—¿Y se fabricó también los robots?

—Le bastó comprarlos ya terminados, y les cambió luego parte del mecanismo. No ha de ser esto muy difícil para un científico como él. En cuanto a esos infelices que necesitaba para mandar las esferas, es de suponer que dispone de algún aparato que produce el «*shock*» necesario para hacerles perder la memoria y anularles la voluntad. Ya lo encontraremos.

—¿Dónde? —preguntó Gina.

—En un departamento secreto de este sótano. Observad que es un tercio más pequeño que la planta de arriba. Esto quiere decir que una de sus paredes es falsa y que hay algo más allá de la misma.

—Parece que debe de ser la de aquel lado —señaló Davis—. Sí, ahora me doy cuenta de la desproporción.

Avanzaron hacia el muro, que aparecía liso sin que se viera ninguna puerta en el mismo.

—¡Hum! —dijo Davis—. Si no descubrimos el mecanismo de la puerta secreta…

—Lo llevamos en las manos —repuso Marcel, señalando las pistolas—. No perdamos tiempo.

El chorro de fuego abrió un boquete en la pared y al otro lado apareció un departamento aproximadamente de un tercio de la extensión del resto de la gran sala.

—¡Más robots! —gritó Gina, al ver a los que trabajaban en el montaje de dos naves.

—¡Y otras dos esferas! ¡Las están construyendo! —exclamó Davis.

—¡No las acabarán! —terció Marcel, dirigiendo su pistola contra naves y hombres mecánicos.

Había sido todo tan rápido, que pese a la indudable atención de Anderson ninguno de los muñecos tuvo tiempo de reaccionar. Por otra parte, aquéllos no estaban armados, sino que su dueño los había destinado al trabajo ele la terminación de las dos esferas, con las que sin duda esperaba reanudar su régimen de terror sobre el Sistema Solar.

—¡Seguimos sin encontrar a Anderson! —dijo Davis, cuando hubieron terminado con todo.

—Pero ahora empezarás a convencerte de que no ha sido para divertirme que lo dejé escapar. Sospechaba algo de todo esto. Ahora, tenemos ya la comprobación.

—¡Bueno, no me aplastes con tu victoria! ¡Déjame respirar un poco!

—No es momento de respirar, sino de seguir adelante. En aquel rincón está el despacho de Anderson. Vamos a él, pero un poco separados. Si empieza a disparar, sólo le daremos tiempo a que acabe con uno de nosotros.

—Una lotería en la que no es muy agradable jugar —dijo Davis, resignadamente—. Pero el deber es el deber. ¡Adelante!

—Todavía puede retirarse, Gina.

—Estoy tan interesada en la aventura como ustedes —contestó ella—. Y seguiré hasta el fin, aunque no me lo permitan.

—Está bien, vamos.

Marcel quiso ser el primero en adelantarse, abriendo de un puntapié la puerta del pequeño despacho. Estaba iluminado con luz atómica y se veía lleno de extraños aparatos, con los que Anderson lo controlaba todo en el taller. Pero él tampoco estaba allí.

—¿Dónde se habrá metido? —preguntó Davis, entrando.

Y entonces vieron el agujero al fondo, que el respaldo de un sillón había ocultado en el primer momento. Un agujero que se elevaba poco más de un metro, abierto en el muro y que penetraba basta no se sabía dónde.

—¡Una mina! —exclamó Davis—. ¡Ha huido por aquí!

—La ha abierto con un lanzarrayos —dijo Marcel—. Habrá preferido esto a jugarse la vida disparando contra nosotros. En el fondo, es un cobarde.

Era la realidad. Los lanzarrayos en poder de Marcel y sus compañeros eran algo con lo que Anderson no había contado al principio y él más que nadie conocía la potencia destructora de aquellas armas. Por eso no quiso enfrentarse con ellas una vez destruidos los robots con los que contaba para su propia defensa personal.

En vez de disparar contra sus enemigos, en una lucha incierta, prefirió huir. Si conseguía escapar, de algún modo volvería a comenzarlo todo y su gran ambición dominadora acabaría viéndose realizada a pesar del actual fracaso.

Por lo tanto, empleó el arma en la abertura de aquel estrecho paso. No necesitaba sacar la tierra ni las piedras, pues todo se fundía ante el potente chorro de fuego, que permitía al mismo tiempo avanzar el trabajo con la máxima rapidez.

—Iremos tras él —dijo Marcel, metiéndose por el agujero—. Sería una pena que escapara, después de haber descubierto todo eso.

—Volvería a las andadas. ¡Adelante, Deschamps! ¿Tienes luz?

—Una pequeña pila atómica, pero prefiero no encenderla. Sin embargo…

—¿Qué?

—Deberíamos ver el chorro de fuego y esto está completamente oscuro.

—Tal vez ha salido ya.

—En tal caso, entraría la luz por el agujero de salida. ¿No lo comprendes?

—Entonces, ¿qué puede ser?

—Que sabe que estamos aquí y se prepara a disparar sobre nosotros.

—¡Cáspita! ¡Enciende la luz, entonces!

Marcel lo hizo, porque temía la emboscada por parte del «sabio diabólico». El estrecho túnel quedó de pronto iluminado en toda su extensión, que era ya de unos veinte metros. El diálogo entre los dos amigos había tenido lugar en la misma entrada y en voz muy baja. Casi en un murmullo. Pero ahora, Marcel, avanzando rápido por el interior, dijo en voz alta:

—¡Nada! ¡El túnel acaba de pronto ante un montón de tierra removida!

—¿No habrá abierto un paso lateral?

—Veo perfectamente las paredes. No hay otra cosa.

—Entonces, lo ha hecho para despistarnos mientras escapaba por otra parte —dijo Davis—. Salgamos.

—¡No, espera! ¡Espera! ¡Creo que lo comprendo!

—¿Qué comprendes? A mí no me gusta ir agachado por aquí.

Pero Marcel había continuado, hasta llegar al final, donde la tierra removida no impedía continuar. Escarbó un poco con la mano.

—¡Mira! —dijo a Davis, que había llegado junto a él.

—¡Unos pies! ¡Un hombre enterrado!

Marcel señaló el gran hueco que se iniciaba en el techo, junto a la tierra removida.

—¡Un desprendimiento! —dijo—. ¡Anderson ha quedado enterrado vivo en el curso de su loca fuga! ¡Ahora sí que podemos decir que lo tenemos, Davis!

Les costó trabajo sacarlo de allí para llevarlo al que había sido su despacho secreto. Anderson vivía todavía, pero estaba lleno de heridas en el pecho, la espalda y la cabeza. Las piedras desprendidas le habían materialmente aplastado y si respiraba algo era gracias al esfuerzo realizado por los dos amigos, ayudados por las pistolas lanzarrayos y exponiéndose a un nuevo desprendimiento.

—¡Un teléfono! ¡Pronto! ¡Hay qué llevarlo a un hospital! —Dispuso Marcel, una vez lo hubieron sacado.

—¿A cuál? —preguntó Davis—. No olvides que se trata de Magnus Anderson y que tendremos que explicar cómo está aquí con nosotros.

—¡Es un hombre al que hay que salvar! ¡No me importa que me cueste la expulsión del Cuerpo! ¡Ha sido un gran criminal, pero a nosotros no nos corresponde juzgarlo!

Anderson había abierto los ojos y parecía respirar mejor, libre del fuerte peso que le había estado oprimiendo. Miró con desprecio a los dos amigos y a Gina.

—¿Para qué quieren curarme? —preguntó con voz débil.

—Porque nosotros no somos asesinos, Anderson —contestó Marcel—. No sé el castigo que le será impuesto cuando le juzguen, pero ahora, de momento, es usted un hombre que necesita ayuda y

se la vamos a dar.

—No la quiero —contestó el «sabio diabólico»—. La otra vez no me importó que me cogieran. Lo tenía todo preparado para la fuga.

—Una fuga que ha costado grandes destrucciones y centenares de vidas.

—Yo valgo más qué todos esos gusanos —repuso él, con el mismo desprecio—. ¡Yo soy Magnus Anderson, el hombre más sabio que ha existido! ¡Yo he descubierto un sistema de navegación a una velocidad superior a la de la luz! ¡Yo he descubierto un arma de acción rápida y segura, que combinada con lo otro me hacía invencible!

—Sin embargo, ha sido vencido. Ha empleado su ciencia al servicio del mal y el mal no triunfa jamás. Mejor dicho, a la larga acaba pagando. Como pagará usted, Magnus Anderson.

El sabio sonrió con cinismo.

—No serán ustedes quiénes me castiguen, a pesar de todo. No me verán regresar a Plutón ni a ninguna otra parte. He perdido, pero no les daré el placer de verme encerrado para que se burlen de mí. ¡Nadie se burlará de Magnus Anderson ni nadie le llevará a ningún tribunal!

Sus ojos estaban muy abiertos y sus pupilas aparecían dilatadas. Dejó escapar una risa histérica. Marcel, que le miraba con pena, descubrió la verdad.

—Está loco —murmuró—. Su megalomanía le ha llevado a la locura y nadie se había dado cuenta. Esto explica su inhibición cuando se reconcentraba en sí mismo, despreciando todo lo que le rodeaba. Esto explica —no me atrevo a decir que justifique— sus delitos. Solamente un loco podía hacer lo que él ha hecho.

—¡Sólo un sabio! ¡El mayor sabio que ha existido jamás! —replicó Anderson—. ¡Pero no lo castigaréis vosotros, despreciables gusanos!

Marcel, Gina y Davis vieron como sus mandíbulas se movían ligeramente, apretando algo. Oyeron crujir el vidrio, al romperse entre sus dientes, y vieron cómo Magnus Anderson se quedaba tieso, inmóvil, sin vida, con los ojos tan abiertos que parecía que iban a saltarle.

Marcel hizo un movimiento instintivo, aunque inútil, hacia él.

—¡Veneno! —exclamó—. ¡Llevaba la cápsula escondida en la

boca! Se la debió poner como último recurso, si la fuga le salía mal.

Los otros dos no dijeron nada. Miraban con una extraña sensación de terror aquel rostro, en el que ahora la locura se reflejaba, con toda claridad. Pensaban quizás en el mal que hubiese podido hacer aquel hombre de haberse salido con la suya. Algo que no hubiera tenido comparación con el que había hecho ya.

La voz de Marcel les sacó de su abstracción.

—Voy a telefonear, pero no al hospital sino a quien tú sabes, Davis —dijo—. Usted, Gina, sintiéndolo mucho, se tendrá que retirar.

—Iré a reunirme con mis auxiliares. Claro que de poco me han servido, porque una vez más ha triunfado usted.

—Hemos triunfado los dos —rectificó Marcel—. Mejor dicho, con el fin de Anderson ha triunfado la humanidad entera. No caben aquí puntillos profesionales.

—Supongo que tendré que darle la razón.

—¿Le importaría darme, además, el nombre del hotel donde se va a alojar? ¿O es que va a regresar a Marte inmediatamente?

—Me alojaré en el «Italia». Esperaré instrucciones de mis superiores antes de regresar.

—Debí haber adivinado el nombre. Nunca se cae en todo. Hasta luego, Gina.

* * *

Hillary se presentó al poco rato y escuchó, de boca de Marcel, el relato completo de lo que había ocurrido. Los dos amigos habían ya completado sus investigaciones y pudieron presentar a su jefe un extraño casco con el que Anderson producía los «*shocks*» a los hombres destinados a tripular sus esferas.

—¿Qué haremos con estos infelices, incluido el encargado del taller? —preguntó Marcel—. No son responsables de nada. Anulada su voluntad cumplían a rajatabla las órdenes que Anderson les hacía aparecer en el tablero luminoso.

—Por suerte, no les pudo anular la sensación de miedo —dijo Davis—. De lo contrario, no hubieses podido conseguir la rendición de la segunda esfera.

—Lo que pasó fue que Gina y sus auxiliares vigilaban

estrechamente a Anderson y no pudo el loco hacer uso de su transmisor. De lo contrario, les hubiera ordenado volar la nave y Larsen hubiese cumplido la orden.

Marcel presentó un reloj de pulsera a su jefe.

—Mire, señor —repuso—. El diminuto aparato está aquí. Las señales se hacen sencillamente, moviendo la ruedecita.

—¿Cómo lo descubrió?

—Fue una sospecha. Anderson no pudo dar órdenes a las naves para que procediesen a su liberación hasta que estuvo en la penitenciaría. Allí, sin duda, se las arregló para estudiar bien la disposición de las celdas y lanzó la llamada a sus naves.

—Pudo haberlo hecho antes de ser trasladado a Plutón. Incluso durante su juicio.

—Sin embargo, de este modo lo consideró más espectacular. Quería aparentar un ataque de seres extraños, procedentes de otra Galaxia, para aumentar el pánico.

—Bien —dijo Hillary, cuando se hubo hecho cargo de todo—, oficialmente, no podemos intervenir. Esto es cosa de la Policía. Pero ya me las arreglaré yo para que no se indague más de lo necesario. Esos infelices, claro, pasarán a un sanatorio y se procurará curarlos. No puedo prometer más.

Alargó la mano a los dos agentes.

—Mi enhorabuena por lo que ambos han contribuido a este resultado.

—Éste es el que se lo merece todo, señor —reconoció Davis, indicando a Marcel.

—¿Quiere alguna recompensa especial, muchacho?

—Una licencia para casarme, señor.

—¿Eh? ¿No será con esa muchacha? Piense que ella trabaja para Marte. Se le podrían complicar las cosas.

—Espero que no. Gina dejará el servicio de Marte y vendrá a vivir aquí. Sé… Bueno, está mal que lo diga, pero sé que me admira, y…

—Yo también sé que tú conoces su domicilio en Marte —dijo intencionadamente Davis.

—¿No puede acompañar uno a una chica cuando no está de servicio?

—Sólo le daré permiso para la boda si ella se da de baja del

Servicio —dijo Hillary, para concluir.

—Se dará, señor —repuso Davis—. Cuando Deschamps se propone una cosa, la consigue siempre.

Aquella misma tarde, Marcel Deschamps paseaba con Gina por una de las avenidas de la ciudad. Iban cogidos del brazo, como una pareja de novios.

—Acostúmbrate —decía él—. Aquí has de pasar el resto de tu vida.

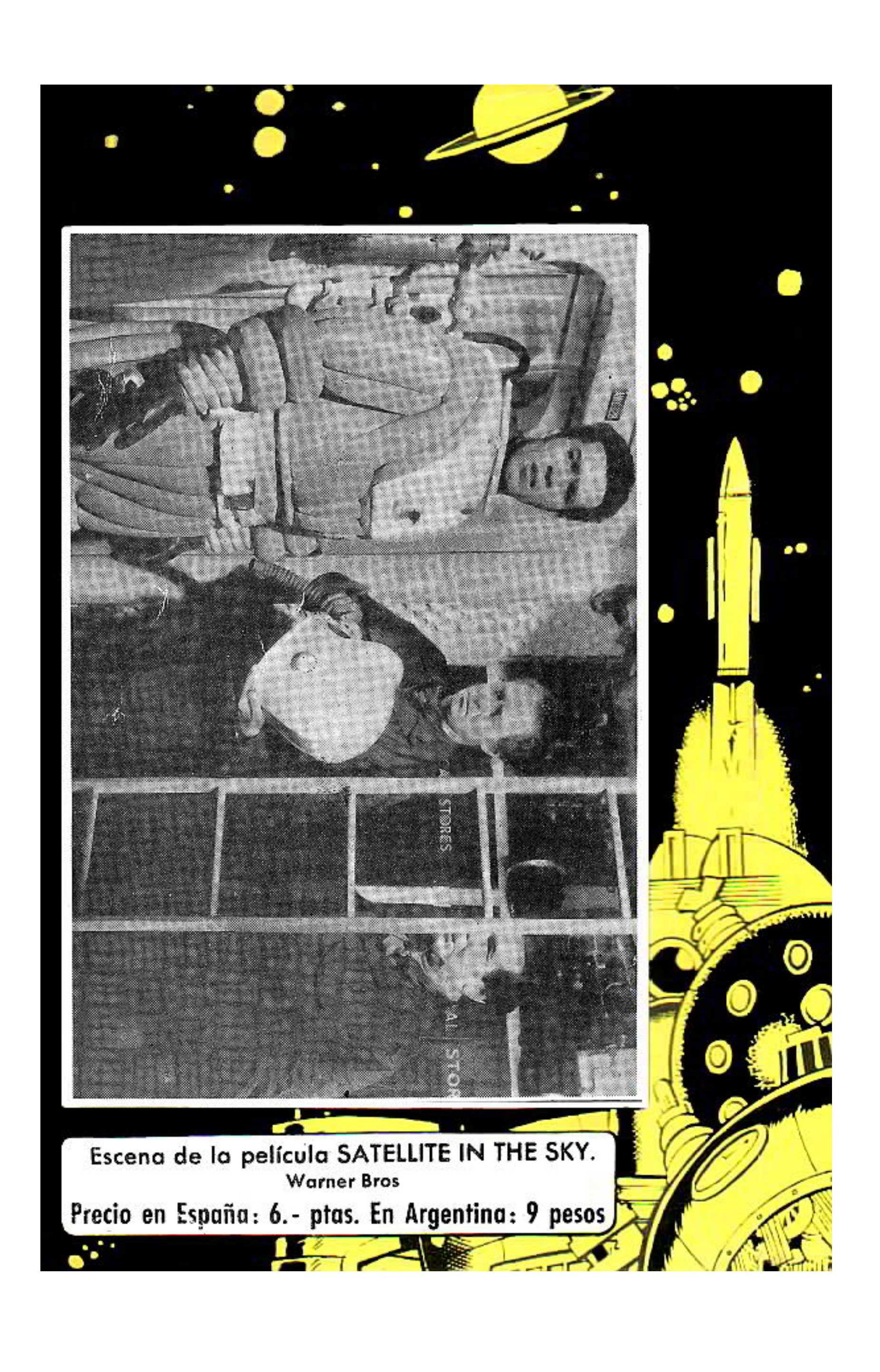
—¿Es Washington una penitenciaría? —preguntó ella.

Él la abrazó con fuerza. Afortunadamente, la mayor parte de la circulación se hacía por el aire.

—La penitenciaría, para ti, serán mis brazos desde ahora, amor mío. No te quiero metida en otra clase de aventuras.

—Entonces —dijo ella—, acepto la condena a perpetuidad.





Escena de la película SATELLITE IN THE SKY.
Warner Bros

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos



Salvador Dulcet Altés (Nace en Reus en 1914, muere en Barcelona en 1987) fue un guionista y traductor de cómics que también quiso probar suerte de manera ocasional en el mundo de la literatura popular, desconozco si por algún tipo de reto personal o, como es más probable, para obtener unos ingresos extra adicionales. Aparte de con el nombre de S.
D. Haltés
Falmor, y de otra única novela («El átomo juega su baza») con la que pasará a la historia por haber inaugurado la colección de Espacio Toray, firmó también como Jean de Luz obras como «Hacia la muerte con amor» o «Doña Jimena» entre otras, y sobre todo como Roy Silverton, seudónimo que empleó habitualmente en la colección Espacio Toray, y en el género del Oeste y bélico.

Como Roy Silverton escribió 11 títulos de la colección espacio Toray, un buen número de novelas del género bélico en las colecciones Hazañas bélicas y Relatos de Guerra, y algunas novelas del oeste en diversas colecciones (Oeste Ilustrado, Salvaje Oeste, Rutas del Oeste, etc) casi siempre dentro de la editorial Toray.

Como guionista de cómics, de larga trayectoria, destaca su labor en las colecciones «Aventuras de capa negra», «El pequeño grumete», o «Los hijos de Visnú», entre otras muchas.

De su labor como traductor hay que agradecerle que de su puño y letra salieron, entre otras cosas, gran parte de las traducciones al castellano de los superhéroes marvel publicados por la editorial vértice. Las veces que habré leído y releído esos cómics.

Dentro del género bélico y del Oeste escribió un buen número de novelas con el seudónimo de Roy Silverton, y en el policiaco participó en varios títulos de la colección Brigada Secreta de Toray (la que tenía formato de revista), con su propio nombre.

También escribió varios libros de biografías con su propio nombre dentro de la colección «Hombres famosos» de Toray (Alejandro Magno, Marco Polo y Goya, entre otros).